

# 4ª SESION EXTRAORDINARIA DEL 2 DE ENERO DE 1891

## PRESIDENCIA DEL DOCTOR BENJAMÍN ZORRILLA

SUMARIO--Asuntos entrados--Orden del día--Consideración del dictamen de las comisiones del presupuesto y de hacienda sobre los proyectos de impuestos remitidos por el poder ejecutivo.

### PRESENTES

Alba Carreras

Alvarez Prado

Arias (J. I.)

Aguirre Silva

Balestra

Barrasa

Basualdo

Bosch

Beracoechea

Bruchmann

Castaño

Cáceres (A.)

Cantón

Castro

Castillo

Ceballos

Centeno

Crespo

Gallo

García

Gilbert

Giménez Beltrán

Godoy

Gonnet (M. B.)

Gonnet (L. M.)

González

Herrera

Lagos (O.)

Lagos (H.)

Lalanne

Larsen del Castaño

Leiva

López

Magnasco

Malbrán

En la capital de la república, á 2 de enero de 1891, reunidos en la sala ordinaria de sus sesiones los señores diputados anotados al margen, el señor presidente declara abierta la sesión, siendo las 3 y 45 p. m.

### ACTA

—Se lee y aprueba la de la sesión anterior.

### ASUNTOS ENTRADOS

#### PETICIONES PARTICULARES

Los señores Francisco Bustamante y Rafael Ruiz de los Llanos, representantes de dos compañías de gas, piden que al establecerse el impuesto á las sociedades anónimas, se tenga presente la ley fundamental que prescribe la igualdad como base de todos los impuestos.

**Sr. Presidente** —Resérvese en secretaría.

Juan B. Wankling, representante de la compañía anglo-argentina de tramways, solicita por las razones que expresa, que no se acepte el impuesto del 7 por ciento con que se grava á las compañías de tramways.

Mallea

Mansilla

Mendoza

Molina

Novaro

Obligado

Olmedo

Olinos

Padilla (M.)

Padilla (V.)

Parera

Pellegrini

Ramos Mejía

Robert

Rueda

Torres (Guill.)

Torres (Greg.)

Varela Ortiz

Victorica

Zorrilla

### AUSENTES

*Con licencia*

Espinosa

Vázquez

*Con aviso*

Dantas

Panelo

Posse

Cáceres (J. M.)

Giménez (B.)

Tapia

*Sin aviso*

Albarracín

**Sr. Presidente** —Resérvese en secretaría.

### ORDEN DEL DÍA

**Sr. Presidente** —Se va á pasar á la orden del día.

### IMPUESTOS

(PROYECTOS DEL PODER EJECUTIVO)

*A la honorable cámara de diputados.*

Vuestras comisiones de presupuesto y de hacienda, habiendo estudiado con la detención debida los proyectos de ley sometidos á vuestra consideración por el poder ejecutivo, tienen el honor de aconsejaros su sanción en la forma siguiente, por las razones que os dará el miembro informante.

Buenos Aires, diciembre 27 de 1890.

*J. Obligado — J. V. Lalanne — Francisco L. García — G. Larsen del Castaño — Torcuato Gilbert — P. Beracoechea — Vicente C. Mallea — Luis M. Gonnet — Guillermo Torres — En disidencia sobre algunos puntos, D. Centeno.*

Enero 2 de 1891.

CÁMARA DE DIPUTADOS.

4ª Sesión extraordinaria.

Arias (F.)

## EXPORTACION

Campillo

Dominguez (C.)

*El senado y cámara de diputados, etc.*

Dominguez (J. A.)

Echenique

Maciá

Artículo 1º La ley número 2766 de 21 de octubre de 1890, fijando los derechos de aduana para 1891, queda ampliada como sigue:

Quesada

Rodriguez

Ruiz

Sarmiento

Tejerina

Videla

Villanueva

Iriondo

Zapata

Los productos y manufacturas nacionales que se enumeran á continuación pagarán á la exportación un derecho de 4 por ciento *ad valorem*.

Aceite animal, astas y chapas de asta, carne de tasajo, ceniza de hueso, cerda, cueros y pieles en general, garras de cuero,

huesos, lana sucia y lavada, pluma de avestruz, sebo y demás productos animales no exceptuados por leyes especiales.

Art. 2º La presente ley regirá durante el año 1891.

Art. 3º Comuníquese, etc.

## (IMPOTACION)

*El senado y cámara de diputados, etc.*

Artículo 1º La ley de aduana para 1891 queda complementada en la forma siguiente:

1º Todos los derechos sobre la importación de mercaderías de procedencia extranjera y sobre la exportación de productos ó manufacturas del país, se entienden expresados á moneda metálica y serán pagaderos en moneda de curso legal por su valor equivalente según el tipo que, al efecto, fijará el ministerio de hacienda dos veces por mes, los días 15 y último de cada mes.

2º Los aforos de la tarifa de avalúos se entenderán establecidos á moneda metálica, tanto para las mercaderías importadas como para los productos ó manufacturas del país sujetas á derecho de exportación. En el caso de artículos no tarifados, la declaración de valor se entenderá siempre como expresada á moneda metálica.

Art. 2º Créase los siguientes derechos adicionales, el producto de los cuales se destina exclusivamente á aumentar los fondos de la caja de conversión:

1º Por cada litro ó botella que no exceda de un litro de alcoholes ó bebidas alcohólicas comprendidas en las partidas 14 á 18 del artículo 1º de la ley número 2766 de 21 de octubre del corriente año. \$ 0.05

2º El vino comun en cascós cuya fuerza alcohólica exceda de 18 grados pagará por cada grado de aumento el litro \$ 0.01

3º Por cada kilogramo de cigarros habanos \$ 4.00

4º Por cada kilogramo de cigarros en general, con exclusión de los habanos... \$ 2.00

5º Por cada kilogramo de tabaco habano en hoja ó picadura..... \$ 2.00

6º Por cada kilogramo de tabaco de otras procedencia en hoja ó picadura..... \$ 1.00

7º Por cada kilogramo de tabaco paraguay en hoja ó picadura..... \$ 0.15

8º Por cada kilogramo de cigarrillos en general..... \$ 2.00

9º Por cada kilogramo de rapé..... \$ 2.00

10. Por cada gruesa de naipes..... \$ 20.00

11. Los medicamentos compuestos en general pagarán un derecho adicional de 25 por ciento *ad valorem*.

Art. 3º Quedan derogados los incisos 1º, 2º y 3º del artículo 11 de las ordenanzas de aduanas vigentes.

Art. 4º La presente ley regirá durante el año 1891

Art. 5º Comuníquese, etc.

## (IMPUESTOS INTERNOS)

*El senado y cámara de diputados, etc.*

Artículo 1º Créase un impuesto interno sobre la fabricación de alcoholes, cervezas y fósforos, en la República, con arreglo á la siguiente escala:

1º Los alcoholes pagarán por cada litro que no exceda de 36º, según la escala Cartier, 0,08 y medio centavo más por cada grado que exceda de 36. Los alcoholes que deban ser empleados en la industria química, no pagarán impuestos. El poder ejecutivo adoptará los medios que crea necesarios para evitar que estos alcoholes sean introducidos al consumo, determinando los agentes químicos convenientes para desnaturalizarlos.

2º La cerveza doble pagará por cada litro 0,05 y la sencilla 0,02.

3º Los fósforos dichos de cera, pagarán por cada caja que no contenga más de seis docenas de fósforos, medio (1/2) centavo. Las cajas de mayor contenido pagarán el impuesto proporcional, correspondiendo una estampilla de medio centavo por cada seis docenas de fósforos ó fracción de seis docenas. Los fósforos con cualquier otro envase ó sin él pagarán á razón de medio centavo por cada seis docenas.

Art. 2º El impuesto sobre los alcoholes y cervezas será satisfecho por los respectivos fabricantes por pagos mensuales, que podrán efectuar en letras á 90 días de plazo. La base para el cobro será la declaración jurada del fabricante y los asientos de sus libros relativos á la fabricación, los que deberá exhibir toda vez que se le exija.

El impuesto sobre los fósforos será igualmente satisfecho por los respectivos fabricantes por medio de estampillas. Estas estampillas, que constituirán una emisión especial del valor uniforme de 1/2 centavo serán vendidas únicamente á los fabricantes de fósforos y se les recibirá en pago letras á 90 días de plazo.

Las casas expendedoras de fósforos que tuvieran existencia de este artículo adquirida antes de la vi-

gencia de la presente ley, podrán por esta sola vez comprar directamente y al contado las estampillas que necesiten para habilitar tales existencias.

Cualquier falsa declaración ó acto análogo que tenga por mira defraudar este impuesto, será penado con una multa de cien tantos de la suma que se ha pretendido defraudar y con el arresto del autor ó autores por un término que no baje de tres meses ni exceda de un año.

Art. 3º Las prescripciones del párrafo 3º del artículo precedente relativas á la declaración jurada y penas por fraudes en el caso de los fabricantes de alcoholes y cervezas, regirán igualmente para los fabricantes de fósforos y serán pasibles de comiso las cantidades de fósforos que se encontraren en casa de comercio ó depósitos fuera de las fábricas sin las correspondientes estampillas.

El vendedor de tales fósforos será penado con arreglo á lo que establece el párrafo 3º del artículo 2º.

Art. 4º Las utilidades y dividendos de los bancos particulares pagarán el 7 %, é igual contribución pagarán las sociedades anónimas y de capital limitado cuya dirección y capital inscripto no estén radicados en el país, con excepción de las fábricas de carnes conservadas por el sistema frigorífico y ferrocarriles.

Se considerarán como utilidades imponibles á falta de dividendos, la parte que se destine á fondo de previsión, reserva u otro fondo semejante.

Art. 5º Las compañías de seguros cuya dirección y capital inscripto no estén radicados en el país, pagarán un impuesto de 7 % sobre las primas de las pólizas que expidan. Las pólizas se extenderán en un sello de valor equivalente al impuesto establecido en este artículo.

Art. 6º Las sociedades estarán obligadas á remitir á la caja de conversión en el mes de febrero de cada año, balance general jurado del año anterior, con la determinación de las utilidades imponibles según los precedentes artículos, y las infracciones que puedan cometerse serán regidas por las penas establecidas en el artículo 2º.

Art. 7º Esta ley regirá durante el año 1891, pero el impuesto sobre los alcoholes entrará en vigencia el 1º de mayo.

Art. 8º El poder ejecutivo reglamentará esta ley

Art. 9º Comuníquese, etc.

#### (PATENTES)

*El senado y cámara de diputados, etc.*

Artículo 1º La ley de patentes para el año 1891, queda modificada como sigue:

1º Las compañías de seguros que no tengan radicado en el país por lo menos un 50 % de su capital realizado y un directorio con residencia en la república y que operen sobre un solo riesgo, pagarán una patente anual de pesos 10.000, de 7.000 y de 5.000 respectivamente, según sean de 1ª, 2ª ó 3ª categoría, cuya clasificación hará el poder ejecutivo teniendo en

cuenta el capital efectivo y respectivo de cada una, debiendo pagar el doble de estas cuotas cuando operen sobre dos ó más riesgos. Estas compañías constituirán además un fondo de garantía de pesos 100.000, de 70.000 y de 50.000 m/n respectivamente según su categoría, cuando operen sobre un solo riesgo, y el doble de estas sumas cuando sus operaciones recaigan sobre dos ó más riesgos.

El fondo de garantía podrá ser constituido en título de deuda de la nación y será depositado en la caja de conversión. Este depósito podrán efectuarlo las compañías en una letra á 90 días, que se hará efectiva á su vencimiento siempre que para esa fecha continúe la compañía sus operaciones. En caso contrario la letra le será devuelta.

Ninguna compañía de seguros de las comprendidas en el párrafo que precede, podrá efectuar operaciones de seguro sin antes haber dado cumplimiento á lo dispuesto sobre fondo de garantía, y los infractores serán penados con arresto por un término que no baje de seis meses ni exceda de un año y con la clausura de la respectiva casa ó agencia.

2º Las cigarrerías y fábricas de cigarros ó cigarrillos pagarán una patente anual desde 1.000 pesos hasta 100 pesos.

3º Las confiterías, restaurants, cafés y hoteles y toda otra casa ó establecimiento donde se expendan bebidas alcohólicas en detalle y al por menor, pagarán una patente anual, adicional de un 40 por 100 sobre la patente que paguen actualmente.

4º Toda casa ó establecimiento donde se expendan tabaco en cualquier forma con excepción de las cigarrerías y fábricas de cigarros y cigarrillos pagará una patente fija anual adicional de 25 pesos.

5º Los vendedores ambulantes de bebidas alcohólicas al por menor, pagarán una patente fija anual de 40 pesos.

6º Los vendedores ambulantes de tabaco en cualquier forma pagarán una patente anual fija de 40 pesos. Los vendedores ambulantes que vendan una y otra cosa pagarán las dos patentes.

7º Los hipódromos, sin excepción, las casas de remate de partidos de pelota, de carreras y de apuestas mutuas, pagarán una patente anual fija de 50.000 pesos.

Queda derogado el inciso 9º del art. 2º de la ley de patentes.

Esta patente será satisfecha por las casas ó establecimientos existentes, dentro de los primeros quince días del mes de enero y no se podrá abrir ninguna nueva casa de este género, sin el previo pago de la patente íntegra.

En caso de infracción á esta disposición, el juez decretará á requisición de la oficina de patentes, la inmediata clausura de la casa ó establecimiento, y el embargo y venta de los bienes ó existencias respectivas.

El auto de la clausura, embargo ó remate en su caso, no será levantado sino en virtud de previo pago ó depósito judicial del importe de la patente y la multa correspondiente.

Enero 2 de 1891.

CAMARA DE DIPUTADOS.

4ª Sesión extraordinaria.

Art. 2º Los buques de bandera extranjera que hagan el comercio de cabotaje, pagarán una patente anual como sigue:

1º Buques hasta de 50 toneladas de registro 50 pesos.

2º Buques mayores de 50 toneladas de registro, 10 pesos por cada 10 toneladas ó fracción de 10 toneladas.

Art. 3º Quedan derogadas las prescripciones legales que se opongan á las disposiciones de la presente ley.

Art. 4º Comuníquese, etc.

(SELLOS)

*El senado y cámara de diputados, etc.*

Artículo 1º La ley de sellos para el año 1891 queda modificada como sigue:

1º Aumentase á 20 centavos el sello de 10 centavos que prescribe el artículo 8.

2º Aumentase á 50 centavos el sello de 25 centavos que prescribe el artículo 9 en sus incisos 1, 2, 3, 7 y 8. Las ventas á plazos de títulos de renta ú otros valores, de que trata el párrafo 3º del inciso 1º del mencionado artículo, se aumenta á uno por mil.

3º Aumentase á 10 pesos el sello de 6 pesos que prescribe el artículo 15.

4º Aumentase á 20 pesos el sello de 10 pesos que prescribe el artículo 16, inciso 3º.

5º Aumentase á 50 pesos el sello de 20 pesos que prescribe el artículo 17, inciso 3º, para los grados, diplomas ó títulos científicos, etc., rivalidades, y el sello de 40 pesos que prescribe el artículo 21, inciso 1º.

Art. 2º Los bancos de depósitos que no se hallen incorporados á la ley de bancos nacionales garantidos, pagarán un impuesto anual de 2 % sobre el monto total de sus depósitos en la moneda relativa al depósito mismo, en cualquier forma que estén constituidos. Este impuesto será satisfecho mensualmente sobre el término medio de los depósitos en el respectivo mes, declarado bajo juramento por el banco, y cualquier falsa declaración á este respecto será penada con una multa de veinte tantos del impuesto defraudado ó que se ha intentado defraudar y con el arresto del gerente ó empleado responsable, por un tiempo que no baje de dos meses ni exceda de seis meses.

El poder ejecutivo reglamentará la percepción de este impuesto.

Art. 3º Los bancos, casas de descuento, casas que giran sobre el extranjero y escribanos de registro y de actuación, estarán obligados á admitir la inspección de los inspectores fiscales en lo referente á las operaciones en que, según la ley, deben usar papel sellado ó estampillas nacionales, y en caso de obstrucción ó resistencia, el ministerio de hacienda podrá requerir el auxilio de la fuerza pública á fin de que dichos inspectores puedan dar cumplimiento á

su misión. En el caso de falsas declaraciones ó actos análogos en fraude del fisco, regirán para las casas y funcionarios arriba enumerados, las prescripciones penales del artículo 2º que precede.

Art. 4º Mientras dure la inconversión de billetes bancarios declarados moneda legal por la nación, los respectivos bancos seguirán abonando el impuesto anual de uno por ciento (1 %) sobre el monto de su circulación autorizada.

Art. 5º Quedan derogadas las prescripciones legales que se opongan á las disposiciones de la presente ley.

Art. 6º Comuníquese, etc.

*Obligado—Lalanne—García—L. del  
Castaño—Gilbert—Beracochea—  
Mallea—Torres—Gonnet—Centeno.*

**Sr. Presidente**—Está en discusión en general.

**Sr. Beracochea**—Pido la palabra.

Las comisiones de presupuesto y de hacienda, reunidas para dar unidad á sus trabajos, me han distinguido con el honor de informar á la cámara sobre las razones en que descansan los proyectos que entran en este momento á su consideración.

Y como quiera que esas razones sean conocidas, por la repercusión que ha tenido este asunto en todos los espíritus, y por la larga discusión que se ha hecho por la prensa y en todos los centros sociales, entro á llenar la tarea que me he impuesto, convencido de que nada nuevo podré decir, pero con el anhelo de demostrar al país que las comisiones, en sus largas y laboriosas sesiones, han tratado de penetrarse de la trascendencia de estos proyectos y de la bondad que ellos encierran.

El poder ejecutivo nacional, con el propósito de establecer el equilibrio, roto desde muchos años, en los presupuestos, de contribuir á la valorización de nuestra moneda circulante, de independizar nuestro mercado financiero monetario, nos pide que elevemos los derechos á algunos impuestos existentes, la creación de otros nuevos, y el establecimiento de algunos que en épocas pasadas han estado vigentes, porque cree que con ellos se conseguirá el desideratum que se propone.

Las comisiones participan también de esta opinión, y es por eso que vienen á defenderla.

La anunciada gravedad de este asunto, que se impone por su simple lectura, aconsejó desde luego á las comisiones que debían hacer un estudio de la situación rentística de la nación, y se han preguntado cuáles es nuestra situación.

Ínútíl sería este estudio, señor presidente, si á la vez no se llevara el examen á las

causas, ó á algunas de ellas, á lo menos, que han conducido al país á esta situación, porque no conseguiríamos de otro modo sacar de esos estudios resultados provechosos.

De ellos resulta una verdad que podemos confesar sin lastimar nuestro amor propio.

Han sido, más bien, anhelos patrióticos los que nos han hecho incurrir en exceso de gastos.

Hace muchos años que la república marcha regida por dos presupuestos, uno ostensible y otro que llamaré oculto.

Es muy raro que este último haya sobrepasado al primero, pero en muchos casos lo ha alcanzado.

Para probar esta verdad y otras que voy á aducir en el curso de este debate, pido á la cámara detenga su atención sobre algunas cifras que voy á leer, porque son ellas el elemento principal de la discusión.

Tengo á la mano, señor, los presupuestos que han estado en vigencia desde 1879, y de ellos resulta esto:

El año 1879, el congreso votó, para gastos de la administración, 17.311,613 pesos, y en el mismo año se gastó 22.523,158 ps.

En 1880, se votó 11.163,096 pesos, y se gastó 26.919,295 pesos.

En 1881, se votó 20.229,637 pesos, y se gastó 28.381,223 pesos.

En 1882, se votó 27.884,000, y se gastó 58.157,000 pesos.

Y así sucesivamente, señor presidente, hasta el año 1889, en que el presupuesto ordinario fué de 54.000,000 y el presupuesto por leyes especiales de 52.000,000, es decir, una suma casi igual á la del presupuesto ordinario.

Resulta de esto un déficit, en los diez años, de 237.319,339 pesos.

¿Se ha gastado esta enorme suma en obras reproductivas?

Difícil sería decirlo; pero lo cierto es que, aunque esos gastos se hubieran hecho en obras reproductivas, obligada la nación, como lo ha estado constantemente, á hacer el servicio de sus deudas en el exterior en períodos fijos, ha tenido que hacer constantes sacrificios para llenar sus compromisos y quedar, al fin de los años, con el déficit que he señalado.

De aquí, señor, las penurias del estado para cumplir sus compromisos.

Por otra parte, tenemos los saldos entre la importación y la exportación, que en el período de los cinco últimos años nos representa 137 millones.

Cierto es que no somos deudores de esos saldos. Pero, ¿cómo los hemos cubierto? Los hemos cubierto con el producido de los empréstitos que han tenido que efectuar el

gobierno nacional y los demás gobiernos de las provincias, ó, sino, remitiendo el país, los productos de capitales extranjeros invertidos aquí en sociedades, en empresas, en ferro-carriles, ó de otra manera.

Pero todo esto ha hecho que constantemente exista en los mercados extranjeros una demanda considerable de metálico, que ha traído como consecuencia necesaria y fatal la depreciación contante de nuestro papel moneda, á tal punto que casi hoy podríamos decir, como decía alguna vez el profesor Jevons, de la moneda de Buenos Aires:

«¡Miserables tiras de papel que existen únicamente para recordar que el país tuvo un día un disco de metal sellado!»

Nos encontramos, señor, con estos déficits acumulados, con el papel moneda depreciado y llenos de obligaciones.

Voy á permitirme recordar á la Cámara las obligaciones que pesan sobre la nación.

La deuda externa nacional es de 150 millones 225,108 pesos oro, con un servicio anual de 10.650,000 pesos, que, al agio medio, importan 32 millones de pesos de nuestra moneda. Agréguese á esto las deudas de las provincias, que importan 76.405,416 pesos oro, con un servicio anual de 5 millones 289,600 pesos, que, al agio medio, son 15.858,800 pesos de nuestra moneda.

Existe una ley, dictada á fines del año anterior, autorizando al poder ejecutivo de la nación para hacer el servicio de las deudas de las provincias que no pudieran satisfacerlas.

He de admitir, para esta discusión, que sean las provincias, directamente obligadas, las que hagan ese servicio, sea porque tengan la posibilidad de hacerlo ó por otra razón constitucional; porque, si no es una verdad incontestable, por lo menos es dudoso que la nación pueda levantar impuestos para pagar deudas de los Estados.

Así es que voy á descartar de la discusión las deudas de las provincias, colocándome en la hipótesis de que sean ellas las que cumplan con sus compromisos.

Necesitamos, como he dicho, 32 millones de pesos de nuestra moneda para hacer el servicio de la deuda nacional externa.

Pero no paran aquí nuestras obligaciones á oro: tenemos que agregar á esta suma 3 millones 492,510 pesos oro de garantías de ferrocarriles; 56,000 pesos de garantía de la refinería de azúcar en el Rosario; 1 millón 200,000 que, en el año actual de 1891, hay que agregar para el servicio de ferrocarriles, correspondientes á las secciones de Dean Funes á Catamarca y de Chumbicha al Recreo, que serán entregados á la nación;

un servicio sobre 22,000,000 pesos: total, 4.688,510 pesos oro, que, al agio medio, son 13.945,530 pesos. Adicionados á los 32 millones, tenemos 45.945,530 pesos papel, que es el servicio que anualmente debe hacer la nación, por sus deudas en el exterior.

No tomo en cuenta en este cómputo el servicio de garantía á ferrocarriles que, probablemente, habrá que hacer en virtud de que están en construcción ya algunas de las líneas votadas por el congreso en los años anteriores.

No tomo en cuenta tampoco algo que es esencial en los presupuestos, y que debería computar lógicamente porque es una ley de buenas finanzas: es una partida que existe en todos los presupuestos. Es la que se refiere á lo imprevisto, es decir, á las leyes especiales, que, por muchas economías que nosotros hiciéramos, si hemos de tomar por vía de relación lo que se ha gastado en años anteriores, subirá á varios millones.

Pero, sí, debo computar otra deuda que tiene la nación fuera de su presupuesto de gastos, y es aquella que se paga en papel por garantía de ferrocarriles, y que sube á 381,993 pesos, lo que hace, con las cifras anteriores, la suma de 46.327,523 pesos.

Estas son las obligaciones anuales de la nación.

Veamos ahora los recursos con que contamos para hacer frente á estas obligaciones.

El presupuesto para el año que acaba de fenecer, para 1890, se sancionó autorizando un gasto de 71.169,872 pesos. Pero en esta suma se calculaba lo que correspondía á la deuda externa por su valor nominal; es decir, 16 millones oro eran calculados por 16 millones á papel, agregando simplemente una partida de 6 millones que, se decía, era para diferencias de cambio.

De manera que deduciendo los 16 millones en que se computaba la deuda externa y los 6 millones del suplemento para diferencias de cambio, el presupuesto de gastos queda reducido á 49.000,000 de pesos.

No computo tampoco en esta suma lo que se ha gastado en 1890 por leyes especiales, porque si es cierto que el poder ejecutivo ha sido muy parco en estos gastos, también lo es que no ha podido prescindir de llevar adelante todas aquellas obras que, en virtud de leyes preexistentes, habían sido ya comenzadas, y cuya suspensión habría ocasionado más perjuicios que su construcción misma.

¿Qué recursos tenemos para cubrir 95 millones 500,000 pesos que es lo que importa el presupuesto de 1890, puesto que 49.000,000 de pesos de gastos ordinarios, y el servicio de 46.000,000 de pesos de la deu-

da externa y servicios á oro, hacen esa cantidad?

Voy á dejar de lado las sumas previstas ó presupuestas; voy á atenerme puramente á lo recaudado, porque esa es la verdad, y esa verdad es la que debe guiarnos, y no las cifras escritas en el papel.

Hasta fin de noviembre último, las diversas fuentes de impuestos y de renta han producido 55.636.172 pesos 19 centavos moneda nacional, y 491.000 pesos oro.

Según el estado que he tomado de los libros de contaduría, y que sería fastidioso leer á la cámara por la gran cantidad de cifras que contiene, pero que pongo á disposición de los señores diputados, no se computa en esta suma las rentas del mes de diciembre; pero teniendo en cuenta el acrecentamiento que ha debido producirse por la expectativa de los proyectos que la cámara se aboca en estos momentos, hago la suposición de que la renta de ese mes sea igual al mayor producido de los otros meses del año pasado, y computo entonces 8.000.000, que fué el producido durante el mes de mayo.

Tenemos, pues, que 55.000.000 de pesos papel y 492.710 pesos oro, son 57.000.000 pesos papel, y 8.000.000 más hacen 65.000.000.

Estas son todas las entradas del año 1890, para cubrir un presupuesto de 95.500.000 pesos.

El déficit, pues, es de 30.500.000 pesos; déficit que debe agregarse á los de los otros años, que acabo de citar á la cámara.

Pero pasemos al año 1891.

¿Cómo arreglarnos este año?

Se ha puesto en vigencia el presupuesto de 1890; quiere decir que tendremos más ó menos los 95 millones y medio de gastos. Pero ¿hemos dado nuevos recursos al poder ejecutivo para cubrir esa enorme suma de gastos?

Al revés, señor presidente. Yo creo que le hemos dado menos. Porque si bien las cifras del presupuesto permanecen las mismas, es una verdad de toda evidencia que nuestras fuentes de recursos han de tener que resentirse del estado general del país.

Es un dato de la experiencia: cada vez que se producen estos fenómenos que se llaman crisis, se resienten todas las fuentes de producción nacional y todas las fuentes de recursos fiscales.

¿Puede un estado seguir en esta marcha, sin aproximarse al borde de la bancarrota?

¿Puede seguir esta marcha sin llegar á un estado del cuál hemos escapado muchas veces á costa de grandes y dolorosos sacrificios?

La negativa es evidente. Pero ¿qué hacer?

Los empíricos, que en finanzas abundan como en política, algunas veces han desplegado los labios para decir: «Suspéndase el pago de las deudas al exterior.» Es decir, es preciso envilecernos, aislarnos del mundo!

Pero, señor presidente, ni el congreso argentino, ni el poder ejecutivo, ni el país, me parece, se han de atrever, ¡ni lo han pensado!, á incurrir en el estigma con el cual la historia de las finanzas marca la frente de los pueblos que han llegado á dificultades que no pudieron evitar, que no supieron afrontar, y que desertaron, en un momento dado, de su deber.

Nosotros somos una generación que ha recibido una nación con la libertad consolidada en el interior, con su crédito firme en el exterior. Este depósito ha costado muchos dolores, mucha sangre á nuestros antepasados. Seríamos indignos de ellos si no pudiéramos presentarnos ante el tribunal del porvenir entregándolo como lo hemos recibido.

Esto por una parte.

Pero hay circunstancias especialísimas que militan, en este caso, para que á este deber que pesa sobre todo pueblo que se estima, como sobre todo hombre que se respeta, agreguemos los deberes de la consecuencia y del agradecimiento.

Es notorio, y el poder ejecutivo nos lo ha enunciado en su mensaje, que, á consecuencia de una crisis que se ha desarrollado en los últimos tiempos en Londres, la casa de Baring ha sufrido quebrantos considerables. Este nombre no puede ser recordado por los argentinos sino con palabras de gratitud. El está ligado á la primera aparición que hizo la República Argentina en el mundo de las finanzas, y está ligado á casi todas las operaciones que durante 64 años ha hecho la república en el extranjero; y no sería sino escudándonos en dificultades del momento y faltando á nuestro deber, que pagaríamos con una ingratitud tan grandes y tan inmensos servicios. Despreciémos pues, señor presidente, esa insinuación perversora, ese consejo corruptor!

Y ¿de qué medios puede echar mano la nación, para cumplir con los compromisos que ha contraído?

Es un hecho acreditado en la historia que situaciones análogas, si no idénticas á la que atraviesa la República Argentina en este momento, se reproducen periódicamente.

Los estados nuevos son los más expuestos, porque, en su inexperiencia, son los más anhelosos de un desarrollo apresurado y son, por consecuencia, los que más fácilmente caen en todos los errores que pueden conducir á esas situaciones.

No hay nación en el mundo que no haya pasado sus horas de tribulación y de amargura, por estos fenómenos que se llaman crisis. La historia rebosa de ejemplos de esas catástrofes, que algunas veces han agotado las fuentes de los recursos, del crédito y de las industrias, y nos muestra con abundancia también los medios que el patriotismo y el genio han puesto en juego para levantar á esas naciones de su postración.

Nosotros, pueblo que empieza á vivir cuando esas naciones han completado su desarrollo, tenemos, al lado de la enseñanza de la ciencia, la experiencia de ellas, la experiencia consagrada por los siglos.

La historia y la experiencia son las que indican los medios de que debe usarse en estos casos, y de los cuales nosotros no podemos prescindir porque no hay ninguna razón especial que nos obligue á echar mano de otros expedientes.

¿Qué nos dicen la historia y la experiencia, á este respecto?

Para no ser difuso, concretaré los elementos, los factores, diremos así, que concurren á vigorizar las situaciones y á levantar de su postración á las naciones, en casos análogos.

Esos medios son: severa economía en los gastos (y, al decir severa economía, comprendo honradez en la administración;) pedir al impuesto todo lo que puede dar, y el crédito.

Estos medios pueden usarse simultáneamente ó sucesivamente.

Veamos si entre nosotros pueden ser usados sucesivamente, ó si es menester emplearlos simultáneamente, como han empezado á ser puestos en práctica, hasta cierto punto, por el poder ejecutivo.

Yo pienso que uno de estos medios, aisladamente, no nos daría resultados apetecibles; no haría más que dilatar las dificultades; alejarlas, pero de ninguna manera resolverlas, que es lo necesario.

Para demostrarlo, tengo que pedir nuevamente á la cámara su atención para algunas cifras, porque es cuestión de cifras.

He de detenerme en ellas porque conviene desalojar ciertas especies que van infiltrándose en los espíritus á fuerza de repetirlas inconscientemente, como es aquella de que con una rebaja en los sueldos pueden equilibrarse presupuestos con treinta millones de déficit.

No se dan cuenta sin duda de lo que es una nación, de lo que es un presupuesto.

¿Qué es un presupuesto?—Es la expresión de un estado social. Y si es la expresión de un estado social, desde luego queda irremisiblemente desalojada la pretensión de buscar soluciones en comparaciones en cuyos

extremos existen situaciones muy diferentes, que no tienen relación ni remotamente con la que se trata de salvar.

Las necesidades de las naciones, de los estados, es sabido que acrecen diariamente, y, por consecuencia, acrecen también sus presupuestos.

No puede la pauta del 70 aplicarse en el año 80, ni la del 80 en el 90.

No! Por eso un economista distinguido ha dicho: Se observa que hay una razón constante, natural y artificial, que aumenta los presupuestos; pero un observador fácilmente se dará cuenta de esto: que ese aumento responde al desarrollo de los servicios á cargo del estado, y á la creación de otros.

Pero veamos, señor, si la sola economía en el presupuesto, que tanto se decanta, puede darnos la solución que ha de salvar la situación en que nos encontramos.

El poder ejecutivo, anticipándose al congreso, ha procedido, después de un estudio detenido del presupuesto, á hacer supresiones de servicio, de empleados, y ha reducido sueldos.

Prescindiendo de la bondad de este último expediente, cuando por la carestía de las cosas, consecuencia natural de la depreciación de la moneda, los sueldos, lejos de ser altos, son excesivamente bajos.

Pero tenemos que, por la supresión de servicios, las rebajas de sueldos y demás que ha hecho el poder ejecutivo, se ha reducido la cifra total del presupuesto en \$ 11.682.349. Incluyendo en esta suma la remuneración de algunos funcionarios de la administración á los cuales todavía no se les ha tocado el sueldo, y que, probablemente, serán susceptibles de algunas rebajas cuando este asunto venga á conocimiento del congreso, podemos decir que son 12.000.000 de pesos de economía.

¿Puede ir más allá de un 25 por ciento la economía en un presupuesto de 49.000.000?

Tal cosa se afirma, pero no se demuestra.

Yo quiero demostrar que no puede irse más allá; y quiero demostrarlo, señor presidente, porque en este momento en que vamos á pedir nuevos sacrificios al contribuyente, debe alejarse hasta la más leve sospecha de que nuestra sanción adolezca de falta de meditación y de estudio.

En todo presupuesto, como se sabe, hay los gastos necesarios y los gastos facultativos.

Si me fuera permitido ir contra esa denominación tradicional, diría que hay gastos necesarios, gastos facultativos y gastos voluptuarios, tomando la designación del derecho, según que respondan á la existencia necesaria del estado, á su desenvolvimiento

progresivo, ó que sean simples imputaciones dirigidas á determinar la admiración ó el respeto dentro y fuera del país.

¿Podría suprimirse los gastos necesarios, del presupuesto?

Eso sería lo mismo que decir que puede suprimirse el gobierno!

Sería lo mismo que decir, con nuestro Alberdi, que debe suprimirse la nación! Porque nación sin gobierno no se concibe!

Veamos, entonces, de las otras dos partidas, es decir, de las que corresponden á los gastos facultativos y á los gastos voluptuarios, qué es lo que puede suprimirse.

Gastos voluptuarios: Colocaremos entre los gastos voluptuarios las legaciones, las oficinas de propaganda, los gastos diversos y eventuales, el fomento de las ciencias y de las artes, etc.

En el presupuesto actual, estas partidas figuran:

|                                   |         |           |
|-----------------------------------|---------|-----------|
| Legaciones.....                   | \$ m.n. | 383.400   |
| Oficinas de propaganda »          | »       | 86.160    |
| Diversos gastos y eventuales..... | »       | 4.737.731 |
| Fomento de ciencias y artes.....  | »       | 101.328   |

Ahora bien, puede decirse que nuestra representación en el exterior es rumbosa; pero, si es rumbosa, no podrá sostenerse que es innecesaria.

El comercio de la república como sus relaciones diplomáticas tienden diariamente á ensancharse, y no podrían ser fomentadas con éxito y eficacia sino mediante la conservación, en las naciones con las que mantenemos esas relaciones, de agentes diplomáticos.

De suerte que suponiendo que lo voluptuario del gasto estuviera en el exceso de la representación, podría adelantarse que es posible suprimir la mitad del gasto, y tendríamos entonces 190.000 pesos.

Admito la inutilidad de las oficinas de propaganda, y creo que pueden suprimirse. Son 86.160 pesos.

¿Son fastuosos los eventuales?

He dicho que debe dejarse un lugar á lo imprevisto. Sin embargo, suprimo la mitad de esa partida: 2.365.000 pesos. Y tenemos así como total de las supresiones, en gastos voluptuarios, 2.641.160 pesos.

Pasemos ahora á los gastos de carácter útil.

Construcciones y reparaciones.—Esta partida, en el presupuesto, no tiene una separación; de suerte que no puede saberse qué es lo que se ha asignado para una y otra cosa.

Pero no podrá decirse que las reparaciones no son gastos útiles, puesto que tienden



á la conservación de las cosas; y, por lo mismo, deben incluirse en los gastos necesarios del presupuesto.

En cuanto á las construcciones, á las que están empezadas, tampoco podrá decirse que su terminación son gastos inútiles, sino necesarios, porque la suspensión de esas obras ocasionaría mayores perjuicios.

Entonces, pues, concluiremos en que puede suprimirse la mitad de esa partida, ó sea 355.000 pesos.

**Policías fluviales y marítimas.**—No creo que pueda sostenerse que no es un gasto necesario. Pero, sin embargo, admito la supresión de la mitad de la partida: 470.000 pesos.

**Pensiones y jubilaciones.**—¿Puede ser útil esta partida, y no necesaria, dado su objeto, ante el deber del país de amparar á los que han quedado en la miseria después de haber prestado el contingente de los mejores años de su vida al servicio público, y de dar un hogar á las viudas y á los huérfanos que están en el mismo caso?

No creo que pueda sostenerse que este no es un gasto necesario.

Además, el ejemplo de todas las naciones viene á colocarlo en la categoría de gasto necesario, pues si se exceptúa los Estados Unidos, todas tienen gruesas partidas, en sus presupuestos, para pensiones y jubilaciones.

Sin embargo, quiero admitir que haya exceso en la concesión de pensiones y jubilaciones, que este exceso se reputa, no ya un gasto útil, sino un gasto voluptuario; y, entonces, reduzco la partida de pensiones y jubilaciones en una tercera parte, es decir, el 33 por ciento, igual á 499.073 pesos.

Y tenemos: gastos voluptuarios dos millones 641.160, y útiles 1.274.073. Total 3.915.233.

Quedan los gastos necesarios.

El ejército, señor, cuesta 9.785.684 pesos.

¿Es aquí donde se requiere que se haga la economía mayor?

Tengo necesidad de ser circunspecto; la cámara me perdonará que sea parco. Diré simplemente que en esta materia, si bien el pueblo siempre procede con la intención de la verdad, no es él el juez más á propósito para determinar si su ejército es necesario ó nó.

Pienso, por mi parte, que lejos de deshacer el ejército, deberíamos darle elementos para su organización.

Y no diré más porque no quiero desviarme del propósito que me he impuesto.

La justicia y las cárceles cuestan á la nación 1.591,944 pesos, que representan dos y seis décimos por ciento del presupuesto total.

No se citará una nación civilizada que tenga una justicia más barata que la República Argentina.

¿Qué economía podría hacerse en esta partida?

Lejos de esto, señor, diariamente llegan á los poderes públicos peticiones de poblaciones importantes, como algunas ciudades de Entreríos, de Santa Fe y de Córdoba mismo, pidiendo la creación de juzgados federales, porque el acrecentamiento constante de las causas, en esas localidades, hace que los jueces no puedan satisfacer las exigencias del servicio á su cargo.

Aquí, en la misma capital (he sido juez tres años y puedo hablar con conciencia de lo que son las tareas del juez), á un juez que vive constantemente entregado al estudio y al trabajo material, que no tiene horas de descanso, que no tiene días de fiesta, que es víctima de las pasiones de todo el mundo, que constantemente y á cada momento tiene que estar apreciando la humanidad á través de sus miserias, ¿qué puede exigirle más que el trabajo constante, como lo hace, y la honradez, que es proverbial en nuestra judicatura?

¿Disminuyen las causas acaso? Al revés; todos sabemos que los tiempos de crisis son los más propicios para acrecentar todos estos asuntos que se tramita ante los tribunales.

¿Podría llevarse la mano á los sueldos de los jueces y de los empleados de la administración de justicia?

Un juez gana 650 pesos de nuestra moneda, menos de lo que gana cualquier gerente de una casa de comercio mediana. Veinte pesos diarios, que no le alcanzan, quizá, ni para mantener el decoro de su puesto.

A fuerza de penurias y de economías, á fuerza de abnegación y de patriotismo, hemos conseguido tener en la judicatura á los hombres notables que la desempeñan ahora.

La instrucción pública cuesta á la nación 5.613,191 pesos, es decir, nueve por ciento del presupuesto.

No conozco que hasta ahora, después de un gobierno que cerró la universidad de Buenos Aires, se haya atrevido nadie á pretender que debamos cercenar los recursos á la educación, no para nivelar los presupuestos, lo que quizá en este caso podría sostenerse con algunos visos de justicia, sino para alivianarlos en una parte mínima, tan mínima que es inapreciable en la cuota del contribuyente en este caso; cuota que, siendo dada para la educación, no puede ser mejor empleada, porque recibe el contribu-

yente constante é inmediatamente, en la educación de sus hijos, el valor de esa cuota que entrega al estado.

Vienen los servicios del ministerio del interior: correos y telégrafos, ferro-carriles, beneficencia, policía, subvención á las provincias.

Yo considero que todo esto es de tan indispensable necesidad que, como institución, no puede suprimirse sin alterar fundamentalmente las funciones del Estado.

Se dice: pero hay exceso de empleados.

Pero, deduciendo, de los doce millones economizados por el poder ejecutivo, cuatro que corresponden á lo que he llamado gastos útiles y voluptuarios, los ocho restantes han sido economizados sobre el exceso de empleados y sobre los sueldos de los que han quedado en su puesto.

Todos los señores diputados han podido imponerse, hace días, y tributar un aplauso por ello al director general de correos y telégrafos de la República, del hecho de que daba cuenta, de haber reducido el presupuesto de su repartición en unos cuantos millones, sin alterar por eso el servicio que aquella institución está llamada á prestar.

Todos hemos leído, en los diarios, las notas del jefe de policía de la capital, dando cuenta de que, por supresiones de empleados, ha disminuido su presupuesto en cientos de miles de pesos.

Pero, señor! si para salvar un déficit de treinta millones quinientos mil pesos hemos de ir á tocar las instituciones del Estado, necesariamente debemos concluir que en esta pretensión entraría el propósito de echarlo todo abajo, porque siendo el presupuesto de 49.000,000 de pesos y el déficit de 30.500,000, si todo hubiéramos de sacarlo de los empleados y de las instituciones, resultaría que muy poco quedaría en pié: apenas con que recaudar la renta para pagar la deuda al extranjero.

Demostrado que este recurso de la economía aislada, con presciencia de los otros, no nos conduciría á la nivelación indispensable, necesaria, viene el uso del crédito, que es otro de los recursos enseñados por la ciencia y consagrados por la experiencia de las naciones. La forma del uso del crédito, es el empréstito.

Basta detenerse en los objetos que nosotros tenemos que llenar, que son nivelar los presupuestos y valorizar el medio circulante, para comprender y darse acabada cuenta de si podemos apelar al uso del crédito como medio único, como factor exclusivo para alcanzar estos objetos.

¿A qué aplicaríamos los empréstitos obtenidos en el exterior?

¿A cubrir los déficits de los presupuestos?

El desnivel del presupuesto nos absorbería, en pocos años, todo el producido de esos empréstitos; quedaríamos, en una fecha más ó menos próxima, más ó menos remota, con mayores cargas y con menos recursos.

Yo no negaré que el empréstito, en general, sea malo, como alguna vez se ha dicho en esta cámara.

No; sin embargo el empréstito es un recurso del cual han echado mano casi todas las naciones, y aún la nuestra; y es un recurso que se recomienda en circunstancias especiales. Pero á una condición, señor; que se aplique á consumos reproductivos.

El empréstito que no se aplique á consumos reproductivos, lejos de ser un bien, es un mal para el estado; recarga sus obligaciones y habitúa á los gastos fastuosos, por la facilidad con que se obtiene el dinero.

En nuestro caso, el empréstito, combinado con la economía, puede decirse que sería bueno, porque el empréstito que se nos anuncia, y del cual el señor ministro debe darnos cuenta en pocos días, ó en pocas horas, aplicado á la apreciación de nuestra moneda desvalorizada, aplicado á un consumo reproductivo, si bien recargaría nuestros servicios en el futuro, esos servicios los haríamos con una moneda que habria adquirido el valor que debe tener por el estado del país, que ha de prosperar con el empréstito. Si no tuviéramos nivelados los presupuestos, señor, si no ocurriéramos á otra fuente con la cual hayamos de nivelarlos, tendríamos que quitar á la producción, á que va á aplicarse ese empréstito, cantidades que estarían en razón directa del déficit.

Se dirá que no pidiendo al contribuyente éste ha de enriquecerse, y que la riqueza de la suma de los contribuyentes constituye la riqueza del estado.

Admito que así sea; pero al aumento de la renta fiscal, producido por la riqueza del contribuyente, correspondería también, si hubiéramos de quedarnos en el empréstito solamente, el aumento de la obligación emergente de la contracción del empréstito; y, entonces, con el empréstito solo no habríamos conseguido llegar á los resultados que nos proponemos.

En cuanto al empréstito combinado con la economía, existen las mismas razones que para el empréstito solo; porque he demostrado que la economía nunca conseguirá nivelar los presupuestos, y el empréstito tendría que venir á llenar la desproporción que existe una vez computado todo lo que se deduce por economía en los sueldos y en otros gastos que se han suprimido.

De esta ligera exposición, señor, se deduc

ce, para mí de una manera clara y evidente, que tenemos también, desgraciadamente, que recurrir al impuesto. Pero no al impuesto solo; al impuesto combinado con la severidad en los gastos, con la honradez administrativa y con el crédito exterior.

**Sr. García**—Podríamos pasar á cuarto intermedio, señor presidente.

**Sr. Presidente**—Si no hay inconveniente, invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace.

—Vueltos al recinto los señores diputados, se reabre la sesión.

**Sr. Beracochea**—Había demostrado, señor presidente, cuando pasamos á cuarto intermedio, que ciertos medios, usados aisladamente y con exclusiones recíprocas, no eran bastantes para llenar las necesidades que en estos momentos siente la República, ni para alcanzar los objetivos que se propone el poder ejecutivo y el congreso: no bastan ni los empréstitos solos ni las economías solas, ni los unos y las otras combinadas.

He demostrado también como la ciencia de las finanzas no deja sino un otro medio á emplearse, y del cual es preciso valerse: el impuesto.

Pero el impuesto solo, señor presidente, ¿á qué nos conduciría?

El impuesto solo no importaría otra cosa que condenar al contribuyente á un sacrificio constante, continuo, de sus fuerzas productivas, para llenar los déficits del tesoro. Y con llenar los déficits del presupuesto, no habremos conseguido un otro objetivo principalísimo, que es la valorización del medio circulante. Sería una tarea inacabable: el contribuyente dando, los gobiernos gastando.

Con economías, sí, pero gastando, la situación del país, lejos de mejorarse, probablemente se empeoraría, porque quedaría subsistente, en pie, una de las causas determinantes; mientras que el impuesto combinado con el empréstito y con la economía tiene que revestir el carácter de temporal, porque estos otros dos factores necesariamente van á concurrir, una vez nivelado el presupuesto, á otros de los objetivos que buscamos: valorizar la moneda.

Pero de la valorización fluye necesariamente la mejora de la situación financiera del país, y, por consecuencia, disminuyen las necesidades del tesoro, porque éste recibirá del contribuyente los impuestos en la misma moneda en que tiene que hacer los servicios extranjeros. Entonces no tendrá que exigirle nuevas cargas, ni aumentarle las existentes,

Es sin duda doloroso, señor presidente, imponer estos sacrificios al contribuyente, en una situación como la actual. Pero debe persuadirse el país que no es sino después de un íntimo convencimiento de la no existencia de otro medio, que vamos á adoptar éste.

Otras naciones, señor, en circunstancias análogas no han procedido en otra forma.

La Francia, después de esa guerra colosal que hizo temblar todo el suelo de la Europa, desangrada, con sus fuentes de producción estancadas, pidió al contribuyente nuevos esfuerzos, nuevos sacrificios para redimir su territorio, y no hubo un francés que cerrara su bolsillo á las exigencias de la nación.

Los Estados Unidos del Norte, después de su gran guerra de secesión, ¿qué hicieron? ¿Tenían ó no tenían crédito? Hicieron economías, pero no era bastante, y apelaron al contribuyente.

La historia no consigna resistencia de ningún pueblo á hacer estos sacrificios cuando el honor, la integridad ó la independencia nacional lo demandan.

Estamos al frente de los destinos de la república; tenemos que usar de valor para afrontar esta situación y satisfacer las necesidades que ella engendra.

Nosotros, diputados jóvenes todavía, podemos tomar el ejemplo de este venerable anciano (el señor ministro de hacienda) que, casi en el término de su vida, viene á desafiar la impopularidad. Porque es desafiar la impopularidad atreverse á proponer nuevos impuestos, á pedir más sacrificios al contribuyente.

Esos son los gajes de la vida pública, señor!

A propósito del señor ministro, recuerdo en este momento la situación de Thiers después del 70: Thiers, historiador también como el señor ministro, ex-ministro, antiguo diputado al parlamento.

Era necesario hacer el sacrificio de firmar el tratado de paz entregando la Alsacia y la Lorena á la Alemania, y dijo: —¿No hay ningún francés que se atreva? Yo me atrevo!

Se sacrificó y firmó. La nación francesa después se lo agradecía!

La Inglaterra también, señor, después de su larga guerra continental, á fines del siglo pasado y principios del presente, ¿cómo procedió, sino recurriendo á estos mismos medios, contrayendo empréstitos, pidiendo nuevos sacrificios, imponiendo nuevas cargas á los contribuyentes, agotando, quizá, las fuentes de riqueza? Y todo porque ello era necesario para salvar el honor de la nación, que estaba comprometido por las sumas que

había gastado y por las que había ofrecido á las potencias aliadas.

Entonces pues, señor, si no podemos orillar las dificultades que nos rodean sino por la triple acción de la economía, severa, del crédito y del impuesto, viene esta cuestión en primer término: ¿cuál es, de preferencia, la materia imponible?

Preciso es decirlo en honor del señor ministro de hacienda: él ha buscado todos aquellos artículos que, sin imponer un sacrificio al pobre, á las clases obreras, constituyen en todas las naciones la principal fuente de renta y ofrecen una tendencia constante á aumentar.

El poder ejecutivo nos ha pedido que le votemos el pago de la integridad de los derechos de aduana á oro; un aumento al derecho de introducción á los alcoholes, á las bebidas alcohólicas, á los cigarros y tabacos, con cuyos derechos se ligan los referentes al impuesto interno sobre la fabricación de los mismos artículos y sobre los fósforos de cera; restablecimiento de los derechos de exportación; impuesto de 2 por ciento á los bancos particulares sobre sus depósitos, y de 7 por ciento sobre las utilidades de los mismos y de las sociedades anónimas y de seguros.

Respecto al proyecto sobre cobro íntegro de los derechos de aduana á oro, debo declarar á la cámara que esto no implica un impuesto nuevo, como vulgarmente se cree y se repite. Los derechos de aduana han debido siempre ser cobrados á oro.

Todas las leyes de aduana que ha dictado el congreso contienen esta disposición: «Las mercaderías serán valuadas por el precio que tengan en depósito.» Y ¿cuál es el precio de los artículos extranjeros cuando se encuentran en los depósitos de aduana? ¿Es el precio de nuestro papel moneda ó es un precio á oro, compuesto del precio de costo, más el valor de los fletes, seguros, derechos de puerto, etc.? Evidentemente, es este último.

Si la aduana hasta ahora no ha cobrado la integridad de los derechos de aduana á oro, ha sido por una corruptela, por una mala aplicación de la ley, por una mala inteligencia de la misma, contra cuya corruptela, contra cuya mala inteligencia es necesario volver alguna vez.

Esa mala inteligencia ha sido dada hasta por los mismos poderes públicos, señor presidente, porque recuerdo que el año pasado, cuando la cámara resolvía que debía pagarse la mitad de los derechos de aduana á oro, se consideraba que tal ley importaba una nueva carga para el contribuyente, cuando en realidad no era así, como lo ha dicho

muy bien el poder ejecutivo en una resolución de reciente fecha; era una ventaja, era una facilidad que se daba al contribuyente, porque en vez de cobrarse á metálico el impuesto íntegro, se le cobraba solamente en la mitad.

Hay otro artículo que figura constantemente en las leyes aduaneras y que viene á fijar la verdadera inteligencia del que acabo de enunciar.

Es el que prescribe que en el término de cuarenta y ocho horas la administración puede quedarse, por el precio declarado, con los artículos cuyo valor pareciera no ser el que realmente les corresponde.

Pregunto si el comercio, que ha estado introduciendo mercaderías todo este tiempo, pagando con los afors á papel, habría consentido en que la administración se hubiera quedado con esas mercaderías pagándolas al precio que ellos determinaban, con nuestro papel depreciado.

Evidentemente no, señor presidente.

Y ¿por qué? Porque al valor de las mercaderías no es el valor que les asignan en su declaración para el pago de los impuestos, sino que su valor es en oro; y sobre ese valor en oro es que han debido cobrarse los impuestos.

De suerte, pues, que la ley que nos pide el poder ejecutivo que votemos, no tiende sino á restablecer la verdadera inteligencia que ha debido tener hasta ahora la ley de las tarifas aduaneras.

Viene ahora á consideración el aumento á la importación de los alcoholes y tabacos, y pregunto: ¿A quién grava este impuesto? ¿Son estos, artículos de primera necesidad, cuya carestía va á perjudicar, á ahondar las penurias de la clase humilde?

No, señor presidente; son artículos de vicio, simplemente, y no de primera necesidad. Puede decirse que este impuesto es un impuesto voluntario; lo pagará el que tenga el vicio de fumar ó de beber. Y como no es una necesidad primordial de la vida fumar ó beber, resultará que solo pagará el impuesto el que tenga estos vicios.

Lo pagará alguien más: lo pagará el rico, lo pagará la gente acomodada; porque la gente acomodada y la gente rica son los que fuman los cigarros y hacen uso de las bebidas que nos vienen del extranjero.

No es el pobre, no es el trabajador el que toma los alcoholes que vienen del extranjero, ó el que fuma los cigarros que nos llegan de la Habana.

Si no fueran estas razones que abonan el establecimiento de este impuesto, porque, á la vez que es productor de renta, concurre á moralizar las sociedades, tendríamos el

ejemplo de casi todas las naciones del orbe, que lo han establecido como un recurso en su presupuesto.

Y es extraño, señor, que nosotros no hayamos aprovechado de la enseñanza de esas naciones, permaneciendo como hemos vivido, con impuestos que tienden á secar nuestras fuentes de producción!

Voy á citar los impuestos que se pagan en otras naciones por estas materias: los alcoholes y los tabacos. Voy á citarlos, no como ejemplo que debemos copiar para el establecimiento de los impuestos, puesto que este establecimiento está abonado por otras razones, sino para demostrar que no es cierto, como se ha dicho, que el impuesto que vamos á crear sobre estas materias sea excesivamente alto, y que tiende á disminuir los consumos.

Vamos á verlo con la comparación.

En Inglaterra, la madre del libre cambio, hasta hace poco tiempo se costeaba la mitad de su presupuesto, de 74.928,040 libras esterlinas, con el producido de los alcoholes y tabacos.

Tomo esta suma de las siguientes fuentes:

Derechos de aduana sobre alcoholes, 5,718,957 libras; derechos de aduana sobre vinos, 1,718,544 libras; total: 7.437,501 libras esterlinas.

Derechos de sisa, impuesto interno de consumo: por alcoholes 14.895,768 libras; cebada preparada para la cerveza, 7.746,740 libras. Total: 22.642,508 libras esterlinas.

Licencia á los negociantes de estos artículos: cerveceros, 305,498 libras esterlinas; vendedores de cerveza, 454,798 libras; vendedores de malto, 15,500; vendedores de bebidas espirituosas, 783,837; vendedores de vino, 208,204 libras. Total, 31.907,846 libras esterlinas.

Esto solo es lo pagado al gobierno general, sin contar lo que se paga á los gobiernos locales.

Esta suma, dividida por el número de los habitantes que tenía la Inglaterra en la época á que me refero, daba una libra esterlina por habitante, solo por alcoholes y tabacos.

Veamos lo que pagan todavía por impuestos locales estas mismas materias.

El cognac, la ginebra, el rhom y demás espíritus, 10 chelines 5 peniques; es decir, 2 y 1/2 pesos oro.

El rhom de las colonias inglesas, 2 y 1/2 pesos oro, galón.

El agua de colonia, 16 chelines el galón; es decir, 3 pesos 30 centavos oro.

El vino de más de 26 grados, 1 chelin; es decir, 20 centavos; con más de 42 grados, 2

y 1/2 chelines; y un suplemento por cada grado que exceda de 42.

El barniz, conteniendo espíritus, 15 chelines el galón.

La cerveza, por barril de 36 galones, una libra y un chelin.

Todo esto representa más de tres veces el valor del artículo, en una nación que, como he dicho, es la madre del libre cambio!

Veamos los derechos de aduana sobre el tabaco, en la misma nación.

Comprendo que soy fatigoso para la cámara, pero necesito dar todos estos datos, porque es la comparación con lo que se paga en otras partes lo que ha de venir á determinar si es cierto, como se dice, que tratamos de oprimir al contribuyente.

Una libra de peso de tabaco, 3 á 5 chelines, es decir, 1 peso 25 centavos oro. Y lo que produce el impuesto del tabaco, 7.421.315 libras, ó sea 1 peso 30 centavos oro por habitante.

En Francia se paga casi la cuarta parte del presupuesto con este impuesto.

Veamos ahora lo que se paga en Estados Unidos; y esto de preferencia á esta nación, después de la Inglaterra, por la circunstancia de que, si la una es la madre del libre cambio, la otra puede decirse que es la nodriza del proteccionismo.

El impuesto sobre las bebidas espirituosas subía, hace poco tiempo, en los Estados Unidos del Norte, á 52.099.372 dollars; sobre bebidas fermentadas, subía á 9.324.938 dollars. Total, 61.424.310 dollars.

Alcoholes: se obtiene 10.000.000 de dollars de esta materia.

En los tabacos se obtiene 34.386.303 dollars.

Lo que hace un total de 105.809.307 dollars, las 3/5 partes de su presupuesto; sin computar en esta suma todo lo que se paga á los estados por las mismas materias, y que asciende á sumas considerables, fabulosas.

Actualmente, estas naciones pagan en esta proporción: Inglaterra, 2 chelines por litro de alcohol; Francia, 1 franco 56; Alemania, 1 marco; en Rusia, es enorme; en Estados Unidos, 1 dollard 22 centavos. Y las partidas son: en Rusia, 450.000.000 de francos; en Austria, 100.000.000 de florines; en Francia, 278.000.000 de francos.

Comparemos esto con nuestra República.

En 1889, la aduana ha recibido 12.409.064 pesos por bebidas, es decir, 3 pesos por habitante.

Ya se ve la diferencia que hay con los países que acabo de citar. Tenemos que andar mucho para llegar á las cuotas que se han fijado en esas naciones!

Se dice que el consumo va á disminuir por estos impuestos.

La experiencia demuestra lo contrario, y por eso es que todos los economistas recomiendan de preferencia que se grave estas materias.

Y con tanta solicitud se hace esta recomendación, que recuerdo que un escritor decía, sobre esta materia: Si no fuera necesario, en un estado, el impuesto sobre los alcoholes y sobre los tabacos, debería, sin embargo, ponerse y vigorizarlo como un recurso ordinario de su presupuesto. Sería preferible bajar las cuotas que se impone á otros artículos, antes que hacer desaparecer estos impuestos de los presupuestos de los estados.

Pero yo quiero admitir que disminuya algo el consumo de estos artículos y, por consiguiente, la renta. ¿Qué sucedería, en este caso?

Sucedería esto, que es evidente: que todo aquello que los habitantes del país dejaran de invertir en alcoholes y tabacos, lo aplicarían á objetos reproductivos; y si por un lado el estado dejaría de percibir los derechos correspondientes á estas materias, por el otro percibiría el estado beneficios por esos capitales aplicados á la producción.

De manera que, para el fisco, no habría desventaja en el hecho, pero habría una ventaja social muy grande. Puede decirse que en tanto cuanto disminuyera el consumo de alcoholes y tabacos, en la misma proporción aumentaría la moralidad de la sociedad, los hábitos de economía y las tendencias al trabajo.

Pero no haya cuidado que disminuya! Hace pocos días leía una revista de los Estados Unidos que consignaba estos datos: en aquella nación se consume hoy 300.000.000 de kilos de tabacos, es decir, 5 kilos por habitante sobre el total de su población.

Pero como debe suponerse que solo la quinta parte es la que usa el tabaco, viene á dar este resultado: 25 kilos por cada uno de los habitantes que tienen el vicio de fumar!

No ha disminuido el consumo en los Estados Unidos. Al contrario, las estadísticas acusan un aumento sensible en el consumo, y, como correlativo, un aumento sensible en las rentas; aumento que permite ir gradualmente rebajando las cuotas que se pide á otras materias.

Podría marcarse en las estadísticas lo que deja de percibir el estado por una disminución más ó menos considerable en el consumo de bebidas y tabacos; pero no podría marcarse, aunque puede bien apreciarse, cuánto se ganaría con el fortalecimiento de

los vínculos de familia (porque es sabido que en los hombres entregados al alcoholismo se debilitan estos vínculos), cuánto se ganaría en la moralidad, en las costumbres, y cuánto en la producción nacional. Eso no podría marcarse, pero, sin duda alguna, habría un aumento sensible y apreciable.

Con motivo de estos impuestos, se dice que el de alcoholes especialmente es atentatorio á la industria nacional; y esa es la tesis que han sostenido los que se oponen á él, para redoblar sus ataques.

Pienso, por mi parte, que no hay exactitud en la afirmación, y que solo descansa en la falta de un estudio detenido de estas materias.

La nación hace muchos años que viene haciendo sacrificios ingentes para entonar, diré así, las industrias nacionales. En la vía de estos sacrificios, han llegado las tarifas aduaneras casi al límite del derecho prohibitivo, perjudicando de este modo no solo la renta nacional, disminuida por el menor consumo, sino también al mismo consumidor, porque, alejados los artículos extranjeros, disminuye la competencia, que, según opiniones autorizadas, es lo que produce la baratura.

Es el país entero, entonces, pueblo y gobierno, el que ha concurrido, en los primeros pasos, al desarrollo de esas industrias nacionales.

La protección es una garantía, y esta garantía se devuelve en dinero al estado, cuando el que la ha recibido tiene los elementos de vida propia.

No hacen los pueblos esos sacrificios constantes para favorecer eternamente á los industriales, no. Lo que se recibe en forma de garantía, se paga en forma de impuestos.

Yo creo que es justa la protección que ha prestado á la industria el país; pero creo también que debe haber correlación en la justicia: los que la han recibido y no la necesitan ya, los que pueden andar por sí mismos, deben concurrir, en momentos de angustia como éstos, á remediar las penurias del erario. No podrían quedarse rezagados cuando se trata de salvar el honor nacional.

Y en esta situación se encuentra la industria de los alcoholes.

Se calcula que esta industria producirá, en 1891, 45 millones de litros. Véase esta suma, compáresela con la población, y resulta que se produce en el país 11 litros por cada habitante, computada la población en 4 millones,—que es algo menos,—lo que favorece mi tesis.

Compárese ahora lo que se produce de

alcohol en los Estados Unidos del Norte. Allí se produce 300 millones de litros, que, divididos por 60 millones de habitantes, da 5 litros por habitante. La República Argentina, en proporción, produce más que los Estados Unidos.

¡Y se pretende que una industria que está en estas condiciones no tiene elementos de vida propia, no puede concurrir á allanar, en la medida de sus fuerzas, las dificultades que pesan sobre nuestros hombros!

Para probar que esta industria tiene vida propia, basta recordar que existen en el país 18 á 20 destilerías, algunas de ellas de primera importancia, de grandísima importancia.

Una de estas compañías, en el primer año de su establecimiento, pudo dar un dividendo de 15 por ciento á sus accionistas, y adquirir maquinarias y útiles para duplicar su potencia productiva; y actualmente les distribuye de 50 á 60 por ciento!

De suerte que cuando hay una industria que se presenta en estas condiciones no puede decirse que necesita todavía el favor de la protección del Estado, y que deba hacérsela á un lado cuando hay que hacer un llamado al patriotismo de todos los argentinos para contribuir á las cargas de la nación.

Según me ha manifestado el señor ministro de hacienda, está tan desarrollada esta industria en el país, que es uno de los industriales quien le ha manifestado á él que podría soportar el impuesto. Y debo decir en obsequio de ese industrial, cuyo nombre no conozco, que merece el agradecimiento no solo del gobierno, sino del pueblo, cuando tan sinceramente ha venido á manifestar el estado de su comercio.

Pero yo no necesitaría de esto para darme cuenta de que esa industria puede sufragar el impuesto que se le va á imponer; me he preocupado del asunto, y voy á permitirle leer á la cámara algunos datos para demostrarle como, pagando los impuestos, va á obtener pingües resultados.

Hemos de suponer, y es un caso práctico, una fábrica que produce 15 mil litros de alcohol diariamente.

El costo de la fábrica, 500,000 pesos. (Es lo que costó con el oro á 260). Capital en movimiento, 200,000 pesos.

Trabajo y gastos de producción, según precio corriente, en 24 horas:

50,000 kilos de maíz, á 3.50 los cien kilos. 1,750 pesos.

Y he computado á 3.50 los cien kilos, porque se ha hecho mucha fuerza al respecto, diciendo que el precio era 6.50, y que á este precio, lejos de ganar, iban á

tener pérdidas. Pero es que este precio es excepcional: en el tiempo de las cosechas no pasa de 3.50 á 4 pesos.

Y para dar á mi palabra la autoridad que puede faltarle, voy á leer la contestación á una nota que la comisión dirigió al señor presidente de la cámara sindical de la Bolsa, pidiéndole datos:

«El maíz tiene actualmente el precio corriente de seis pesos; pero generalmente es alrededor de cuatro pesos.»

|  |          |
|--|----------|
| 50,000 kilos de maíz, á ps. 3.50 los       |          |
| 100 kilos.....                             | \$ 1.750 |
| 20,000 id. de carbón, á 0.40.....          | > 800    |
| Salarios de dependientes y jornaleros..... | > 180    |
| Renovación de aparatos.....                | > 60     |
| Alumbrado eléctrico.....                   | > 30     |
| Aceite para limpieza.....                  | > 10     |
| Interés (8 % anual) al día.....            | > 155    |
| Amortización.....                          | > 150    |
| Gastos imprevistos.....                    | > 55     |

|   |          |
|---|----------|
| Gasto de 15,000 litros.....                             | \$ 3.190 |
| Producido líquido de la venta, á ps. 0.40 el litro..... | > 6.000  |
| Residuos para engorde.....                              | > 150    |
|   | \$ 6.150 |

El precio de 40 centavos el litro no es caprichosamente establecido.

La comisión pidió datos al señor presidente de la cámara sindical, y éste le contestó:

«El precio del alcohol en sus diversas clasificaciones, según los datos recogidos en plaza, es el siguiente:

»Fábrica de .... é hijos: primera calidad, 40 grados, ps. 0.45; 2ª, 0.43; 3ª, 0.37.

»Fábrica de Otto Bemberg y Cª: 1ª, pesos 0.50 y 0.55; 2ª, 0.42 y 0.45; 3ª, no tiene.

»Fábrica Devotto, Rocha y Cª: no establece precios, por no tener existencia, y todo lo que produce lo tiene vendido, según contrato celebrado á principio del año, á pesos 0.27 y 0.30 el litro.»

De manera que el término medio debiera ser 45 centavos, no 40.

Deduzcamos, agregando la suma primera:

|                                 |        |
|---------------------------------|--------|
| Fletes y acarreos, etc.....     | \$ 150 |
| Depósito.....                   | > 15   |
| Escritorio.....                 | > 25   |
| Comisión de venta.....          | > 60   |
| Descuento de pagarés.....       | > 390  |
| Impuesto de 10 cent. litro..... | > 1500 |

\$ 2110

Por todo, \$ 5,300.

Utilidad diaria, 600 pesos.

Si una fábrica trabaja 300 días al año,

resulta todavía con una utilidad de más del 30 por ciento de su capital.

Argúyese que no podrán competir con la producción extranjera. Pero se olvidan que el alcohol extranjero es gravado también, y que en lo sucesivo los derechos de aduana serán pagados á oro; y que entonces de ninguna manera podría establecerse la competencia ventajosa para los alcoholes extranjeros, sobre los del país.

Dicen, por fin, que el impuesto tiende á gravar la producción del maíz. Es otro error.

Se calcula que la producción del maíz, en el año 1891, será de 900,000 toneladas. Se exportará, dado lo que se ha exportado en otros años, de 500 á 600,000 toneladas.

Nuestra fabricación necesita 80,000, y las 300,000 restantes se calcula que serán consumidas en alimentación, forrajes, etc.

Será el exportador, que es el que se lleva 500 ó 600,000 toneladas, el que imponga los precios, porque es el que lo necesita, el que lo demanda; y es sabido que cuando la demanda es abundante, los precios suben en proporción á esa misma demanda.

Pero no haya temor, señor presidente, de que la producción del maíz disminuya en el país. No!

Ahí está la opinión de un hombre sabio, que he leído con el respeto con que leo las producciones de todos los hombres que se ocupan de las cosas de este país: la opinión del señor Latzina, en su última publicación sobre estadística.

En ella hace ver como, dadas las condiciones del suelo de los territorios de la Pampa, será necesario en lo sucesivo buscar la manera de dar aplicación á la gran cantidad de maíz que se va á producir en el país.

Todo tiende, pues, al abaratamiento de ese producto: el crecimiento constante de la producción normal y, además, los nuevos territorios que van á ser destinados á esa plantación.

De suerte que, en virtud de todas estas razones, para la comisión no ha podido ser materia de duda ni de vacilaciones el impuesto á los alcoholes y tabacos, tanto á los que vienen del extranjero como á la fabricación nacional de alcoholes.

Otro de los impuestos, cuyo restablecimiento pide el poder ejecutivo, es el impuesto á la exportación.

Conocidos son los antecedentes históricos y legales de este impuesto.

La constitución del año 1853 lo había establecido como uno de los recursos ordinarios para formar el tesoro de la nación.

Vino la revisión de 1860, en la provincia

de Buenos Aires, y, en virtud de circunstancias especiales, modificó la cláusula, estableciendo que en ningún caso ese impuesto podría subsistir después del año 66.

Las circunstancias especiales á que me he referido eran éstas: la provincia de Buenos Aires, en aquel tiempo, tenía á su cargo un crecido número de servicios de carácter nacional, que le insumían el doble ó triple de su presupuesto.

En el primer momento, la dificultad se había salvado para la provincia de Buenos Aires, porque la nación, por cinco años, garantía su presupuesto. Pero los convencionales que entendían en la reforma se presentaron esta cuestión: ¿Y qué haremos después de los cinco años?

Única solución: establecer que el derecho á la exportación no sería un recurso para el tesoro nacional, reservándose el derecho, que creían les asistía, de ponerlo como impuesto provincial, porque era la única manera, según ellos suponían, para poder restablecer el equilibrio de su presupuesto.

Vuelta la reforma á Santa Fe, el senador Frías le agregó: «sin que pueda ser en ningún caso provincial». Y resultó esto, señor presidente: que quedaron en la constitución todas las cargas que tenía la nación, sin disminuirse una sola, y le quitaron un recurso, cuál era el derecho á la exportación.

Porque los reformadores de Buenos Aires creían poder reservarla para sí y los convencionales de Santa Fé, ya que no querían los de Buenos Aires que fuese un recurso nacional, tampoco querían que fuese provincial, para quitar así á Buenos Aires una arma que podría dañar á las otras provincias, según el vocabulario de aquellos tiempos.

Pocos años transcurrieron sin que los hombres notables del país se apercibieran del grande error que se había cometido.

Una nación puede conocer sus necesidades del momento; pero cuando su existencia se ha de prolongar indefinidamente en el tiempo, no puede predecirse cuáles serán mañana sus necesidades.

Por eso las constituciones, según el consejo de uno de los sabios que se han ocupado de estas materias, no deben nunca, en cuestiones económicas, establecer reglas inflexibles. Más, señor: cuando alguna de esas reglas se encuentra consignada en las páginas de una constitución, debe interpretarse como uno de esos principios que derivan de la naturaleza y de la fuerza de los hechos.

Es, señor, acaso la guerra nacional en que se encontraba empeñada la nación contra el gobierno del Paraguay, lo que contribuyó á revelar al país el error en que habían in-



currido los hombres que revisaron la constitución el año 1860.

Se dijeron: Una nación no es completa si no tiene los medios, en un momento dado, de gravar su producción, para salvar su independencia, para salvar su libertad, para salvar su honor.

¡Qué sería de una nación amenazada, con el invasor á sus puertas, si no pudiera apelar á ese recurso, por un artículo de la constitución!

Gobierno sin recursos, es nación sin independencia. Nación sin independencia, no es nación: es un esclavo envilecido!

Se convocó, por estos motivos, una convención el año 66 que reformó la constitución, haciendo materia legislativa de lo que hasta entonces había sido materia constitucional, más aún, una prohibición constitucional.

Subsistieron los derechos á la exportación hasta tres ó cuatro años atrás en que, como siempre, por una de esas ilusiones que en ciertos momentos se apoderan de los pueblos, exageramos nuestro progreso y borramos de las leyes fiscales los derechos de exportación.

Pero el congreso, según la reforma, tiene la facultad de restablecerlos cuando los considere necesarios.

Y es el caso, entonces, de examinar si esa necesidad ha llegado.

Es cierto que no acabamos de pasar por una guerra que haya diezmado nuestra población y talado nuestro territorio; no estamos empeñados en una de las contiendas civiles ni nacionales, como lo estaba la nación al tiempo de esta reforma; pero vivimos, señor, bajo el azote de uno de los flajelos que más han abatido á la humanidad: vivimos bajo el azote del papel moneda inconvertible, lanzado á la circulación sin tasa ni consideración. Vivimos, como decía el sabio Webster en los Estados Unidos, bajo el azote del flajelo que ha muerto más hombres, que ha derramado más lágrimas, más sangre, que ha desolado más familias, que ha abatido más naciones: bajo el azote de ese papel inconvertible!

Es por causa de esta situación creada, como he dicho, por nuestros errores, que el honor de la nación se encuentra tan comprometido como se encontraría al otro día de una guerra en que hubiéramos sido vencidos ó vencedores.

Entonces, señor presidente, ha llegado el caso que previeron los convencionales de la reforma: ha llegado la necesidad de restablecer el impuesto á la exportación.

¿Qué razones se aducirían contra el restablecimiento de este impuesto?

No veo, señor presidente, ninguna razón plausible, que en justicia pueda obligar al congreso á prescindir de gravar esta producción nacional, en un momento tan excepcional y tan solemne como el presente.

Yo sé bien que el impuesto, en general, no es bueno; he leído todos los libros en que se aconseja no ponerlo. Salta desde luego á la vista que recargar un producto nacional, para mandarlo al extranjero á hacer competencia al producto similar, no puede ser ventajoso en la medida que se quisiera para una nación. Pero yo no he leído á ningún economista ni he oído decir á ningún hombre público que en casos de necesidad suprema no puede recurrirse al impuesto sobre la exportación.

¿Qué fuente señalaríamos á los recursos, si hubiéramos de prescindir de este impuesto? ¿La propiedad raíz, que es la que más ha sufrido con esta crisis, y la que paga un ocho por ciento sobre su renta? ¿El comercio, que vende menos y tiene menos producto?

¿Iremos á pedirles á ellos, y dejaremos á nuestros hacendados sin impuesto?

Esto sería la verdadera injusticia, señor!

Nuestros hacendados, nuestros ganaderos, son una parte favorecida de la sociedad, dígame lo que se quiera.

No diré que es un mal, no diré que es bien, pero es una parte favorecida.

El año 1889 han entrado al país ciento sesenta millones de productos extranjeros. ¿Quiénes han pagado las dos terceras partes de esta importación? Son las ciudades del litoral.

Y ¿es acaso porque esas ciudades componen las dos terceras partes de la población de la República? No!

De los cincuenta y seis millones y pico de pesos á que han ascendido los derechos de importación sobre esos 160 millones de mercaderías, han contribuido con cuarenta millones y pico de pesos las ciudades del litoral; y, como lo he dicho antes y lo repito, no son las dos terceras partes de la población.

Pero ¿qué es lo que sucede? Que de esos 160 millones de la importación, gran cantidad era compuesta de materiales para ferro-carriles ó de maquinaria para las industrias rurales.

¿Y los ferro-carriles y las maquinarias benefician solo á los hombres de las ciudades?

No; benefician, en su mayor parte, á los productores de nuestra campaña, por el fácil y barato transporte de sus productos.

Y ¿no es justo que cuando tenemos 320 millones de pesos invertidos en ferro-carri-

Enero 2 de 1891.

CÁMARA DE DIPUTADOS.

4ª Sesión extraordinaria.

les, soportando la nación—no el gobierno—un servicio de 22 millones de pesos oro anuales, y cuando esos ferro-carriles favorecen directamente á la ganadería, no es justo, digo, que venga esta industria á contribuir á la par de los demás, en estos instantes?

Si esto no es justicia, yo no sé qué es lo que se llama justicia sobre la tierra!

Pero, ¿qué productos deben gravarse con el impuesto á la exportación?

Esta es otra cuestión que se presenta en este caso.

La comisión, me parece á mí, ha procedido con todo el acierto posible en este caso, eligiendo los productos de la ganadería.

¿Por qué? Porque la ganadería es la que requiere menos capital de brazos y maquinaria, en su producción. Primera razón.

Segunda razón: porque los productos de nuestra agricultura tienen que luchar, en el extranjero, con los productos del Canadá, de Rusia, de las Indias inglesas, de Estados Unidos, de Chile. Nuestras lanas no tienen que luchar sino con las de Australia, y la lucha no es igual ahora á la de diez años atrás.

Más, señor: el mercado de las lanas se ensancha todos los días, á medida que la civilización va extendiendo su dominio sobre la tierra; porque es probado por todos los higienistas que el vestido de lana sirve para todos los climas y para todas las estaciones.

Estas son, sumariamente expuestas, cual corresponde á un informe en general, las razones por que la comisión aconseja los derechos de exportación.

Pediría que pasásemos á cuarto intermedio.

**Sr. Varela Ortiz**—Podríamos levantar la sesión.

**Sr. Beracochea**—Yo voy á concluir pronto.

**Sr. Olmedo**—Podríamos pasar, entonces, á cuarto intermedio.

**Sr. Presidente**—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Se pasa á cuarto intermedio.

—Vueltos á sus asientos los señores diputados, dice el

**Sr. Presidente**—Continúa la sesión. Tiene la palabra el señor diputado por la capital.

**Sr. Beracochea**—He dicho, señor presidente, cuáles son las razones que en justicia, en equidad y en derechos, abonan el restablecimiento de los impuestos á la exportación.

Pero me falta examinar un argumento que se hace en contra de este impuesto diciendo que es inconstitucional, y basando la inconstitucionalidad en que unas provincias, que son esencialmente ganaderas, exportarán mucho, que otras exportarán poco ó nada, y que, entonces, el impuesto no se acomoda á las prescripciones de la constitución nacional.

Pero, señor presidente, para mí, después de estudiar el texto de la constitución nacional, después de estudiar el más autorizado comentario de la misma, el trabajo del doctor Alberdi, autor de las Bases, en presencia de la jurisprudencia constitucional, incontrovertida en el país, pienso que la igualdad, la proporcionalidad que busca la constitución que nos rige no es otra sino la que consiste en que las cargas de la nación sean distribuidas con firmeza en todo el territorio, y que ninguna propiedad sujeta á las leyes de la nación escape al impuesto.

Si unas provincias exportan y otras no, si unas exportan más y otras exportan menos, deben conformarse con la posición que la naturaleza les ha creado, como decía una vez un distinguido orador en este recinto; pero todas pagarán en la medida de su capacidad para exportar.

La inconstitucionalidad existiría si esta ley dijera: Tal ó cual provincia queda exceptuada del impuesto que se pone para todo el resto de la República.

El impuesto es perfectamente constitucional. La ley no hace distinción; alcanza todas las materias que se exportan, siendo productos de la ganadería, á menos que hubieren sido exceptuadas por leyes especiales que el congreso tiene facultad de dictar.

Me faltaba agregar estas consideraciones para concluir con lo que se refiere á los derechos á la exportación.

Sobre esta cuestión, diré de paso, de la justicia, de la equidad del impuesto, me parece que no debe nunca hacerse argumentación de un derecho, de una lógica estricta, porque no cabe ni es el caso.

Yo recuerdo las opiniones de un distinguido diputado francés, en las cámaras de su nación, en 1872, que decía:—En materia de impuestos nada hay absoluto. Es menester resignarse á todos los tropiezos, á todos los embarazos que se encuentren en el camino. Los espíritus absolutos nada valen en materia fiscal.

Y es así, señor presidente, toda vez que se agregue lo que él decía á continuación: Siempre que uno se aproxime lo más posible á la equidad.

Sí, señor presidente; esas reglas inflexibles, como antes lo he dicho y lo repito,

están sujetas á las excepciones que arrancan, que nacen de hechos que no está en la mano del hombre reprimir ni evitar.

Se dice, contra este conjunto de impuestos que he examinado, que el país paga demasiado ya para sostener sus administraciones; que es una carga que supera las fuerzas del contribuyente, y que, por consiguiente, está fuera, no de las conveniencias, sino de toda prescripción de la ciencia.

Yo podría contestar, señor, que si la comisión ha aceptado los proyectos del poder ejecutivo es porque ellos vienen con carácter temporario y no permanente, y que cuando se discute bajo el imperio de una necesidad, que ya he demostrado y que es la que funda todos estos proyectos, no puede aplicarse las reglas de la ciencia en toda su extensión.

Pero necesito ir más allá, porque conviene cerrar el paso á indicaciones, á insinuaciones pervertidoras que, si hoy no hacen mal, alguna vez, en un estado más próspero que el actual, cuando haya que echar mano del impuesto para las necesidades que la civilización impone, pueden sugestionar el espíritu del pueblo y hacerle resistir á imposiciones acaso legítimas.

¿Cuánto gastamos, señor, en la República Argentina, para sostén de nuestros gobiernos?

He aquí el dato: «Presupuesto nacional para 1881, 53.000.000; presupuestos provinciales (todas las provincias de la república y la mayor parte de las municipalidades) 45 millones; total 98.000.000 de pesos.

Comparemos con la Francia en 1870. Y tomo esta fecha porque es el momento en que aquella nación se encontraba dificultada por causas que están actuando en nuestro organismo.

Nosotros pagamos 26 pesos por habitante para costear gobierno nacional, gobiernos de estado, gobiernos municipales. La Francia, en 1870, pagaba 104 francos por habitante! En nuestros presupuestos incluyo la deuda externa; la Francia la tenía considerable, y no estaba incluida en la cuota de 104 francos.

Hoy, la misma Francia, señor, paga 93 francos oro por habitante, para costear su gobierno general, con excepcion de los gobiernos legales.

Estados Unidos, nuestro modelo en organizacion política, en 1866—y tomo también esta fecha porque es uno de los años siguientes á la guerra de secesión, en que aquella nación se encontraba en dificultades más ó menos análogas, si no idénticas, á las nuestras—en 1866, ¿cuánto cree la cámara que gastaba el gobierno general, por cada habitante, en aquella nación?

Diecisiete dollars por cada habitante, sin contar gastos de gobiernos locales y gastos de gobiernos municipales.

Y esto es de tenerse muy en cuenta, señor, porque es sabido que el gobierno federal, como el gobierno más propicio para garantizar las libertades, como el que más difícilmente puede caer en manos de tiranos, es el gobierno más caro, porque las libertades en todas partes se pagan á precio muy elevado por los pueblos. Tanto más perfecto es el organismo de los gobiernos para garantizar los derechos de los ciudadanos, tanto más caro ha de ser su sostenimiento.

En los Estados Unidos se produce este ejemplo que viene á probar la perfección á que se ha llevado allí el sistema federal de gobierno: los gobiernos locales y municipales cuestan mucho más, casi el doble, que el gobierno general.

La Inglaterra, señor, gasta hoy, por su gobierno general, simplemente, 2 y 1/2 libras por habitante.

La Bélgica, 54 francos por habitante, también por su gobierno general.

Compárese el costo de nuestro gobierno general con el costo de estos que acabo de citar, y se verá que la cuota que corresponde á cada habitante, entre nosotros, es inferior á la que pagaban los habitantes de esos países, puesto que aquí solo corresponde 13 pesos por habitante, para los gastos del gobierno general.

Pasemos á los impuestos.

Los 98.000.000 que cuesta nuestro gobierno general, los de los estados y la mayor parte de las municipalidades, ¿salen del impuesto?

Tengo que pasar revista al presupuesto para demostrar que no.

Tengo aquí el presupuesto nacional, y veo que los gastos han sido pedidos á las siguientes fuentes, que no son impuestos: derecho de emisión; acciones del Banco Nacional; arrendamientos de ferro-carriles; telégrafos y correos; faros y avalices, 8.000.000.

Y entre los gastos y garantías á ferro-carriles y otras industrias, aparecen 3.500.000 pesos, que agregados á la suma anterior—esto ya no es costo de gobierno—suman 11.500.000 pesos.

En las provincias encuentro, en sus cálculos de recursos, lo siguiente:

Buenos Aires: Banco de la Provincia, 3.500.000 pesos, más ó menos; Banco Hipotecario, 1.000.000, más ó menos; ferro-carriles, telégrafos, escuela de artes y oficios, escuela de Santa Catalina, venta de tierras, etc., 13.000.000.

Santa Fe: Utilidades del Banco provincial agrícola y venta de tierras, 2.000.000.

Enero 2 de 1891.

CÁMARA DE DIPUTADOS.

\*4 Sesión extraordinaria.

San Luis: subvención del gobierno nacional y explotación de bosques, 26.000.

Mendoza: producido de 40.000 acciones del Banco de Mendoza, 500.000.

San Juan: subvención nacional y venta de tierras públicas, 70.000.

La Rioja: acciones del Banco provincial, redención de capellanías, venta de tierras públicas, subvención nacional, 700.000.

Catamarca: renta de fondos públicos, acciones del gobierno, subvención nacional, 400.000.

Santiago: utilidades del Banco, tierras públicas y subvención nacional, 550.000.

Tucumán: utilidades del Banco, arriendo de escribanías, subvención nacional, 65.000.

Salta: tierras públicas, utilidades del Banco, 300.000.

Jujuy: venta de tierras, venta de sal, subvención nacional, 20.000.

Entre-Ríos: entradas de ferro-carril, dividiendo del Banco, servicio del Banco para empréstito, gobierno Nacional para el servicio del ferro-carril Central Entrerriano, subsidio nacional, teléfonos y telégrafos, 1.800.000.

Corrientes: venta de tierras públicas, dividendos del Banco, intereses de fondos públicos nacionales, subvención nacional, etc., 500.000.

Córdoba: utilidades del Banco para las escuelas, subvención nacional, arriendo de escribanías, utilidades del Banco sobre las acciones, etc., etc., 3.000.000.

Son 35.000.000, más ó menos, que no se piden al impuesto; correspondiendo á este 63.000.000 de pesos.

Paga, pues, cada habitante 15 pesos 75 centavos por todos los impuestos nacionales, provinciales y municipales. Verdad es que faltan algunas municipalidades de campaña.

Examinando, señor, los impuestos que pagan otras naciones, se verá que, cuando no exceden á la cuota de los nuestros, son por lo menos iguales.

De manera que no es de todo punto exacta la insinuación que se hace de que este pueblo está demasiado recargado de impuestos.

Yo no negaré que la época excepcional por que atravesamos aconsejaría, si fuera posible, echar mano de otro medio para salvar la situación, y no imponer; pero nunca reconoceré en absoluto, como se pretende, que los gravámenes que pesan sobre nuestros habitantes son superiores á sus fuerzas contributivas.

Llego por fin al impuesto sobre los bancos, por razón de sus depósitos.

El poder ejecutivo, en su mensaje, nos ha manifestado que por su proyecto se propo-

ne llevar las considerables sumas que en otros tiempos se colocaban en los bancos Nacional y de la Provincia, de los bancos particulares, en que hoy se concentran, á los dos primeros.

Laudable es, sin duda, el propósito del poder ejecutivo, digna de consideración su actitud cuando, con franqueza y de frente, ataca lo que cree malo y se preocupa de uno de los grandes problemas de nuestra organización, tratando de resolver si han de seguir en lo sucesivo como hasta ahora estos poderosos resortes que se llaman bancos, en medio de nuestra débil organización financiera, ó si han de ser traídos al radio de la ley, de suerte que, sin perjudicar la producción ni el país, produzcan los fines á que están llamadas instituciones de esta índole.

Pero no son estas razones del poder ejecutivo solamente las que informan el despacho que la comisión ha presentado; hay otras.

Las comisiones piensan que este impuesto á los bancos no debe ser, no es, por su naturaleza, un impuesto extraordinario, ocasional, de circunstancias, sino que debe ser un impuesto normal. Esa contribución debe ser una fuente para formar el tesoro nacional.

Pero, al fin, ¿de qué se trata? ¿Se trata, como se propala por ahí, para desprestigiar sanciones supuestas ó esperadas, de gravar capitales extranjeros, de cerrar la puerta á los que nos pueden venir del exterior para favorecer nuestra riqueza y nuestra producción?

No, señor presidente; se trata de capitales genuinamente nacionales, formados en el país, llevados á esos bancos por razones que no es del caso examinar pero que, puede asegurarse, son transitorias, ó que deberán ser transitorias, pero haciendo un doble mal social, porque retiran esas sumas de la circulación, impidiendo que produzcan el benéfico resultado que deben producir, ó las entregan para servir propósitos no siempre confesables.

Son capitales del país, señor. Y ¿quién puede gestionar que esos capitales no sean gravados á la par de todos los capitales que contribuyen con impuestos á formar el tesoro nacional?

Son razones de derecho, razones de justicia las que aconsejan este impuesto, porque no gravarlos sería sustraerlos de las cargas comunes que pesan sobre toda la república.

Sin embargo, es el impuesto que ha levantado más resistencias.

Y aquí debo hacer una declaración que me es personal.

A mí, las resistencias no me alarman ni

me detienen sino cuando tienen como base fundamental la justicia y el derecho, que es su expresión.

Yo pago, señor, constantemente el tributo de mi respeto á las colonias de los Estados del Norte, que hacen una revolución que los lleva á la independencia, resistiendo un impuesto votado por un cuerpo en el cual no tenían representación.

Yo pago tributo de admiración y de respeto á aquellas poblaciones francesas que promueven la revolución de fines del siglo pasado, creyendo tener derecho á ser consultadas en los impuestos que se les imponía.

Pero cuando las resistencias no tienen causas tan grandes como estas, fundamentos tan plausibles, entonces no son bastantes para debilitar el calor de mis convicciones.

La resistencia ¿quién la hace? El interés privado. Pero ¿puede éste sobreponerse al interés de la comunidad?

No, señor presidente. Para eso está el legislador: para detener ese interés privado en el límite en que debe quedar, y hacer preponderar siempre el interés legítimo de la comunidad.

Sobre esta resistencia, que á mí no me alarma, ni me extraña, recuerdo palabras de nuestro Alberdi cuando, hablando del antagonismo que se produce siempre entre los pueblos y los gobiernos con motivo de las imposiciones y de las cargas públicas, dice: «La buena fe del contribuyente no debe esperarse nunca.

«La fe del contribuyente es lo mismo en Europa que en América, porque toda contribución se paga con repugnancia, porque el precio de esta deuda, que es la protección del gobierno, es una ventaja negativa de que uno no se apercibe. Un gobierno es precioso más bien por los males de que nos preserva que por los bienes que nos proporciona.»

Y esto es lo que sucede en este caso. La resistencia no es sino la que se produce siempre contra un impuesto nuevo.

Con este motivo, recuerdo lo que pasó en los Estados-Unidos cuando se estableció el impuesto á los alcoholes y tabacos.

El interés privado ha gritado allí, como aquí hoy, de que era armar el brazo de las muchedumbres contra la autoridad que tenía que acompañar á los perceptores. Hubo combates sangrientos y víctimas de una y otra parte.

El gobierno, firme en el terreno de sus responsabilidades y de sus deberes, por la conciencia de la justicia que le asistía, no cejó; y el resultado es hoy que en los Esta-

dos-Unidos todo el mundo paga el impuesto y reconoce que es el mejor.

Pero se dice, contra este impuesto, que es inconstitucional, que es excesivo, que es atentatorio á la industria bancaria.

Pero, ¿cómo es inconstitucional?

¿Por qué? En primer lugar, porque no recae sobre los bancos garantidos: es desigual. En segundo lugar, porque exceptúa á los bancos Nacional y de la Provincia, como bancos fiscales, cuando el primero es un banco de accionistas y el segundo no tiene privilegio. Y, tercero, porque no está distribuido proporcionalmente á la población.

Sólo un olvido de la legislación bancaria de la República puede hacer incurrir en uno de estos errores.

El banco Nacional y el de la provincia de Buenos Aires tienen gravámenes.

El primero paga 600,000 pesos al año por el derecho de emitir, y el segundo paga 800,000 pesos al año por el derecho de emitir, comisiones y demás.

Esos bancos tienen además otras cargas.

Están obligados á mantener cuenta corriente abierta con los gobiernos: están obligados á publicar sus balances, lo que no hacen los bancos particulares. Tienen que amortizar anualmente una parte de sus emisiones.

Pero, se dirá, estos impuestos son referentes á la emisión, pero no son extensivos sobre la moneda emitida.

Sí; pero ¿á quién sirve la emisión del banco de la Provincia y la del banco Nacional? La emisión de estos bancos, inmediatamente que sale á la circulación, en su mayor parte va á ingresar á las cajas de los bancos particulares, para que éstos los entreguen en gran parte á la especulación, fomentando, hasta cierto punto, la depreciación de la moneda.

Que es inconstitucional, porque no es proporcionado á los habitantes.

Lo que la constitución quiere, dije antes, es que no escape al impuesto ninguna de las materias que la ley va á gravar, que no se haga excepciones idiosas. Eso es lo que la constitución quiere, en el inciso 2º de su artículo 67, que es el que autoriza á imponer estos impuestos.

Que el banco Nacional y el banco de la Provincia no son instituciones fiscales.

Gran error, señor presidente. La corte suprema federal ha declarado, en más de una ocasión, que el banco Nacional es el banco de la constitución. Y el banco de la Provincia tiene su legislación propia incorporada a la constitución nacional, y nadie podría violar los derechos que emanan de esa constitución.

Tradicionalmente, el banco de la Provincia ha sido considerado siempre como un banco fiscal, como un banco privilegiado, y ha sido considerado así porque esta es la verdad en el hecho y en el derecho.

Que los bancos particulares acogidos á la ley de bancos garantidos no quedan sujetos al impuesto, y que por eso es inconstitucional la ley.

Los bancos acogidos á la ley de bancos garantidos están ligados por un contrato, contrato que no puede romper una de las partes.

Hay una ley-contrato con esos bancos, ley-contrato que debe ser respetada, y además, como he dicho, pagan impuestos.

Se dice que la tasa es excesiva.

Yo no lo pienso así. No lo pienso así teniendo en cuenta lo que se paga en otros países por esta misma razón.

Para que la cámara se persuada de las contribuciones á que están sujetos los bancos extranjeros, voy á permitirle leer la legislación de algunas naciones.

«Banco de Francia. Se sabe que el banco de Francia es el sólo banco de emisión autorizado en aquel país, y que, como tal, está sometido á una legislación especial.

»Aun cuando el ejercicio del crédito no sea reglamentado, los privilegios del banco de Francia lo limitan en alguna manera, por consecuencia del derecho de emisión de los billetes pagaderos á la vista y al portador.

»A pesar de este privilegio, el Banco de Francia no es un banco de estado; pero si éste no percibe directamente sus beneficios, percibe, por los impuestos diversos que gravan este establecimiento, rentas importantes, que se han elevado, en 1882, á la suma de 3.195.455 francos con 60 céntimos, repartidos como sigue:

»Contribuciones directas, impuesto de 3 por ciento sobre los dividendos, 163.685.69; derecho de timbre sobre los billetes en circulación y timbres diversos, 1.105.001.

»Bancos de Alemania.—El tesoro imperial recibe una tasa de 5 por ciento sobre los beneficios efectuados por los bancos de emisión, sobre el excedente de circulación de los billetes que pasan las cifras asignadas á cada uno de ellos por la ley de 1875, y no cubiertos con fondos metálicos.

»Banco de Austria.—Impuestos, cargas y beneficios.—Los impuestos pagados por el banco de estado son: el impuesto sobre los beneficios, comprendiendo en ello el derecho de timbres sobre los cupones de las acciones; el impuesto sobre los préstamos en prenda; el impuesto sobre los cupones de efectos de los cuales el banco es propietario,

así como las contribuciones directas y mobiliarias.

»Banco de Italia.—El banco nacional entrega anualmente al estado sumas importantes, bajo forma de impuestos. Aquellos á que está sujetos son: el impuesto sobre la riqueza mobiliaria: el derecho de timbre y circulación sobre billetes al portador, para lo cual remitimos al lector á la palabra *billetes de banco*.

»El impuesto sobre la riqueza mobiliaria es percibido por medio de retenciones hechas directamente por la caja del estado y por roles nominativos. En cuanto al impuesto sobre las rentas, es limitado á las rentas producidas por el movimiento de los fondos. El impuesto es en este caso tomado sobre los beneficios efectuados, y calculado sobre 6/8 de ese beneficio. Su tasa es 13 francos 57 por ciento.»

Llego, por fin, á los Estados Unidos de Norte América.

En los Estados Unidos, que tienen una organización bancaria análoga á la existente en la República Argentina, los bancos son gravados de esta manera: «Una cuarta parte de los beneficios que exceden del 6 por ciento del capital de los accionistas; el excedente del interés recibido por el banco más allá del 5 por ciento. Aunque, lo que tiene lugar en Francia, ni el tesoro de la nación ni los de los diferentes estados no toman parte en los beneficios directos de los bancos, perciben sin embargo rentas, bajo forma de tasas impuestas á los bancos tanto por el gobierno general como por los gobiernos locales.

Las tasas impuestas por el gobierno federal se pagan al tesoro de los Estados Unidos por semestres, y son fijadas, por cada banco nacional y por semestre, en medio por ciento del término medio de sus billetes en circulación; además, medio por ciento sobre el término medio del monto de sus depósitos; y, en fin, un cuarto por ciento sobre el término medio de su capital que no se encuentre colocado en fondos públicos de los Estados Unidos.

El monto de estas tasas se indica á continuación.

Hay producido, en 1864: sobre títulos, 53.000; sobre sumas depositadas, 96.000; sobre el capital, 18.000. Total, 167.000.»

Sigue la estadística de varios años.

«En 1878: sobre los depósitos, 3.273.000 pesos....» El total, entre depósitos en circulación y capital: 6.681.000 pesos.

Fuera de estas obligaciones y de estas tasas que se percibe de los accionistas de los bancos nacionales, pertenecientes sea á particulares sea á cuerpos electivos, están

sujetos á las tasas establecidas por el gobierno de cada estado.

Esta tasa no debe ser superior á aquella que grava á los capitales circulantes, particulares, en sociedad.

Además los bancos estaban sometidos, antes del 77, á una tasa de licencia, de dos dollars sobre cada mil dollars de capital, y á un *income tax* sobre las rentas netas.

Respecto de las tasas percibidas por los gobiernos particulares, he aquí, como ejemplo, cuál es actualmente la legislación en vigor en el estado de Nueva-York.

Según los términos de la ley de 8 de junio de 1881, concerniente á impuestos sobre los bancos y á sociedades que se entregan á operaciones de banco, sus administradores así como sus agentes están obligados á pagar, á título de impuesto sobre los negocios que hacen en el estado, una tasa de medio por ciento sobre la cifra media de las sumas depositadas ó explotadas á título de operaciones de banco durante el año precedente.»

Esta es, señor presidente, la legislación de otros países; y si bien podría decirse que en la de las naciones que he citado, fuera de los Estados Unidos, no se impone á los depósitos, tenemos en los Estados Unidos leyes de los estados y de la nación que imponen á estos depósitos el medio por ciento las leyes nacionales, y el uno y medio las de los estados.

Pero es que los bancos, en los Estados Unidos, tienen una tasa fija, por ley, para sus descuentos, de la cual no pueden pasar.

Entre nosotros los bancos no tienen tasa ninguna; descuentan á los tipos que quieren, y dentro de un momento hemos de ver á qué tipo descuentan.

De suerte que el 2 por ciento de impuesto sobre los depósitos de los bancos, establecido por el despacho de la comisión, dado el tipo de intereses que cobran por sus descuentos, es muy inferior, no ya al uno y medio que pagan por los depósitos en Nueva York, sino al medio que pagan á la nación por razón de sus depósitos, en virtud del bajo interés á que deben descontar en aquella nación.

Se dice que este impuesto va á arruinar la industria bancaria.

Pero, señor, no hay más que preguntarse cómo van á pagar los bancos este impuesto. Para mí, es evidente que van á pagarlo de us pingües utilidades. No hay más que ver el mecanismo que observan estos bancos en sus descuentos.

<sup>s</sup> Dividen su clientela en dos categorías, que llaman firmas de primera y de segunda. A la primera categoría descuentan al 6 por ciento; á la segunda categoría, al 12 y

hasta al 15 por ciento. Y es de advertir que, según confesión de uno de estos banqueros, que ahora he de leer, tenemos que los de la segunda categoría han sido casi la totalidad; los de la primera han sido rarísimas excepciones; y como por casi todos los depósitos pagan 2 por ciento de interés, tendrán entre el 12 y 2 un margen de 10 para pagar el impuesto.

Pero yo quiero suponer que se dividen por partes iguales las firmas de primera y de segunda categoría, es decir, las de 6 y las del 12 por ciento. A los del 6 les subirán al 8, que pagarán porque estos son los que especulan en la bolsa; y respecto de los del 12, no tienen necesidad de aumentarles, porque hay margen suficiente entre 2 y 12 para pagar el impuesto.

Se ve, entonces, que no pueden venir á decirnos que va á morir la industria bancaria!

Pero es que algunos que vinieron ante la comisión como representantes de banqueros, con una violenta y larga diatriba contra el señor ministro de hacienda, pretendieron convencernos que estaban trabajando á pérdidas! Tuve yo más rubor en preguntarles, que algunos en decir que nuestros banqueros trabajan á pérdidas!.

Yo podría contestar con una publicación hecha en *La Prensa* de esta capital, el 9 de diciembre último, que tiene en su apoyo el silencio que ante ella ha guardado el gerente del banco de Londres y Río de la Plata, y tanto más cuanto que los datos coinciden con los de la memoria publicada en Londres y cuyos párrafos pertinentes se contienen en *La Nación* del 27 de diciembre último.

«Diciembre 9.—Sr. director de *La Prensa*—Hace algún tiempo que varios diarios y círculos de esta capital vienen denunciando la especulación desenfrenada de los bancos particulares, y han tomado por cabeza de turco al banco de Londres y Río de la Plata (limitado). Es extraño que personas ilustradas hayan podido caer en un error tan craso; y sin querer salir en defensa de nadie, me permito hacer presente los siguientes datos, para demostrar la puerilidad de creer que los bancos particulares jueguen en la Bolsa. Basta recordar que son sociedades anónimas, regentadas por empleados cuya participación en las ganancias, caso de realizarlas, sería vil, cuyo puesto y reputación éstos perderían del todo, en el evento de un fracaso....»

No hay fracasos en esos negocios que se llaman pactos de retroventa!

«...Los mismos directores están en casi iguales condiciones, y ¡ay de ellos si el banco quebrara por manejos especulativos! pues

es preciso saber que hay en Inglaterra leyes que castigan á los quebrados que, abusando de su posición, se lanzan en aventuras de dudosa moralidad y éxito.

»Pero aparte de las razones aducidas, se puede ver, con un poco de criterio, y conocer el origen y la legitimidad de las ganancias realizadas.

»El banco de Londres gira actualmente con un capital integrado de solamente £ 750.000 y tiene un fondo de reserva que alcanza á £ 600.000. Durante el presente año ha pasado á varias cuentas y ha pagado en dividendos la suma de £ 339.500, casi un 45 por ciento de su capital integrado. Diremos que tiene 300 empleados á £ 400 cada uno por año, lo que es un término medio muy alto, y tenemos £ 120.000 en sueldos. Agréguese £ 50.000 en varios gastos, y resulta un total de £ 509.500 de ganancia bruta.

»Es público y notorio que el banco ha podido colocar cuanto dinero quisiera al 12 por ciento anual....»

Parece que la segunda categoría á que me refería ha sido la regla.

»....Manteniendo en caja la cuarta parte como reserva, le ha quedado de su capital y fondo de reserva £ 1.012.000 disponibles al 12 por ciento, y £ 131.500. Según *La Prensa* del domingo, los depósitos alcanzan á £ 5.000.000; con una cuarta parte de reserva, tenemos £ 3.750.000 para invertir al 9 por ciento neto, pues pagan 3 por ciento y cobran 12 por ciento, lo que equivale á £ 337.500.

»Sin ir más lejos, ya tenemos ganadas £ 459.000. Agréguese á esto la ganancia sobre la totalidad girada, la comisión sobre cobranzas, medio por ciento sobre la compra del ferrocarril del Oeste, y no estaremos muy lejos de £ 509.500 que ha repartido. Más digo: entre todo esto no figuran los beneficios sobre los depósitos y la emisión de billetes de Montevideo, y otros que saltarán á la vista de los entendidos en negocios bancarios....»

En la comisión pretendieron convencernos que el 5 ó 6 por ciento que han repartido algunos era el dividendo de todos los bancos del mundo, término medio.

«....No es mi deseo entrar á ilustrar á nadie, señor director, pero siento ver á los argentinos atacar tan rudamente á esa institución que siempre ha sido benévola con el comercio de Buenos Aires, cuyo delito es haber administrado con cordura y ciencia los caudales confiados á su honradez, consistiendo por lo tanto su mayor capital, no en la plata de sus accionistas, sino en la confianza conquistada en muchos años de

dura prueba, que hace afluir á sus cajas las cuantiosas sumas que contienen. He dicho.

»Saludo á Vd. atentamente.—*Lincoln J. Howard.*»

Se ve, señor presidente, que estas instituciones, con estas modernas ganancias, sin tener un medio de capital en el país y sin haberlo tenido nunca, porque no lo han traído, no pueden arruinarse.

La ley que se va á dictar, señor, no es en manera alguna atentatoria á la industria bancaria. No; los bancos pagarán de sus pingües utilidades, y es justo que paguen!

Banquear es una función pública, dígame lo que se quiera; banquear en la forma que lo hacen estos señores, especulando con la moneda nacional, es una función pública, repito. Y por eso es que en los Estados Unidos se exige que los directores de banco sean hijos del país; que estén garantidos, á más del valor de sus acciones; que presten juramento; obligándoseles á mandar balances quincenales al tesoro é imponiéndoseles el deber de recibir las inspecciones de cada día, de cada momento, de cada rato, porque se trata de una función pública.

Y yo desearía ver encaminado al señor ministro en la tendencia de colocar á nuestros bancos en la corriente en que se encuentran los de aquella nación próspera.

Comprendo, señor presidente, que la cámara estará fatigada, y voy á concluir, aunque tengo mucho más que decir.

Señor presidente: nos hemos decidido á pedir sacrificios grandes á los contribuyentes, pero solo ha podido decidrnos la fuerza de la necesidad, evidentemente demostrada.

A un pueblo que ha prodigado su sangre por la libertad, no podíamos haberle inferido la ofensa de creer que escatimaría su bolsillo cuando se trata de salvar su honor.

La libertad sin el honor es nada. Piérdase el honor y pronto se perderá la libertad, y pronto desaparecerá la nacionalidad!

Recuérdese las palabras del inmortal autor de *El espíritu de las leyes*: «La base fundamental de las repúblicas libres, es el honor de sus ciudadanos, es el honor de la colectividad.»

Salvemos, señor, el honor de la nación votando estos proyectos!

He dicho. (*Aplausos*).

**Sr. Magnasco**—Pido la palabra.

No sé si la Cámara estaba dispuesta en este momento—creo que no—á escuchar algunas breves palabras que deseo pronunciar, nada más que para explicar mi voto en esta cuestión.

Tal vez fuera conveniente que se levantara la sesión, para continuarla en otro momento.



*Enero 2 de 1891.*

CÁMARA DE DIPUTADOS.

*4ª Sesión extraordinaria.*

**Sr. Arias (J. I.)**—La Cámara ha resuelto sesionar diariamente, después de producido el despacho de la comisión.

Lo único que hay que establecer, es la hora.

**Sr. Presidente** -- Está equivocado el señor diputado.

Lo que la Cámara ha resuelto, es que se celebre sesión los lunes, miércoles y viernes.

**Sr. Arias (J. I.)**—Entonces, hago moción para que celebremos sesiones diarias.

—Suficientemente apoyada esta moción, se vota y es aprobada.

**Sr. Presidente.**—¿Ha hecho moción

para que se levante la sesión el señor diputado por Entre Ríos?

**Sr. Magnasco**—No, señor. Consultaba á la Cámara.

**Sr. Varela Ortiz**—Hago moción para que se levante la sesión.

—Apoyado.

**Sr. Arias (J. I.)**—¿A qué hora nos vamos á reunir?

**Sr. Presidente** —A las 3, como está acordado.

—Se vota la moción para levantar la sesión y es aprobada, siendo las 7 y 15 p. m.